

ENTRE EL TODO Y LA NADA

Carlos Blanco

Para Gonzalo Rodríguez-Fraile, buscador incansable del saber, de quien tanto he aprendido.

*

*Quiero sumergirme
en la inmensidad de lo que no conozco,
sentir el abrazo
de esa totalidad sin nombre
que alberga el destino,
el ser en su pureza,
la voz muda de lo eterno.*

ÍNDICE

Entre el todo y la nada

Trascender

Flujo hecho de amor

Nuestro destino es buscar

El libre flujo de la vida

A Calíope

Robar el fuego sagrado

No hay noche que me impida amar la vida

Asilo santo

Vino la belleza

Estoy en paz con el universo

Fragmentos del todo

Todo pasa

Debo continuar

A la aurora

Dioses escondidos

Llanura de misterios y vacío

El río de la belleza

No grites a lo alto

Siempre hay un presente

Caer en el abismo

Si pudiera volar

Las iridiscencias del destino

Un cosmos demasiado extraño

Si sus voces despertaran

Sólo me conocerías si me amases

Almas desahuciadas

La destrucción del hombre

He visto la salvación

Infinita infinitud de anhelos

La plenitud del ser

Murmullos de un dios

Brilla sin miedo, mi dulce luz

El gran enigma de la vida

Sed sagrada

Infinitos mundos

¿Qué es de nosotros, los hombres?

No te inquietes, humano

Divina impresión

Saqqara

A Hathor, diosa de la alegría

Tristes ruinas

Azul celeste

Lo que sólo el alma entiende

Luz que susurra en el corazón

El dolor de lo ausente

Como un suspiro

Más allá de la luz y de la oscuridad

Frenesí creador

La fuerza del espíritu

Nada de lo que percibo

Ternura que vaga suavemente

Si la Verdad viniera al mundo

Para crear un mundo

También hoy canta el universo

Necesidad y destino

Reverberaciones de un misterio infinito

Cuando eran infinitos los sueños

Jardín divino

El don de amar

Lo que no tiene término

Alegre es el canto

Buscar es vivir

Moldea tu alma

Un bálsamo inmerecido

Llamar con el silencio

Montaña sagrada

El vino universal de la belleza

Los acantilados del mundo

La belleza pura

La aurora del deseo

Lo que no conozco

La senda inexorable

Todos los dioses

Resucitarán nuestros deseos

Fulgor velado

La inmensidad de un espíritu

El hogar de la renuncia

El arroyo que murmura en lo oculto

Luz siempre nueva

Renace el mundo

El alma de Dios

Veo brotar manantiales infinitos

Anuncio de claridad

Trascender lo que ya existe

Una mente nueva

Fuente creadora

Fuerza libre

Abismo de pureza

Ya te presiento

Vuela, pues, conciencia

Presagio de éxtasis

Rebeldía silenciosa

Buscar el bien

Pensar en ti me salva

El don de soñar

La secreta melodía

La luz de lo posible

Saltar al abismo

Oda a la sensibilidad

Óleo de vida

Susúrrame con besos inmortales

Belleza sabia

Luz creadora

Que la libertad brille

El primer instante

Todo se apagará

De una rosa eterna

*

Entre el todo y la nada
vive nuestro espíritu:
entre una infinitud de formas posibles
y una aniquilación inclemente
que nos devuelve
al imperio del olvido,
a la voracidad de un silencio inexplorado.

Pero yo sueño con ese mundo
más allá de la aurora y del crepúsculo,
más allá del día y de la noche,
más allá del todo y de la nada;
alma de almas
y destino de destinos.

Yo sueño con ese presente irreductible
que me revela la verdad,
la verdad de la belleza,
la verdad de un bien puro
que todo lo llene de luz,
en el dorado amanecer
que brota del amor.

Yo sueño
con el resplandor de un ser libre.

Déjame hoy cantar
a un todo que integra
sin temor la nada;
porque dar forma a lo indecible

es la esencia de la poesía.

*

Veo el mar,
inmenso y misterioso,
y el cielo que cubre
la exuberancia de la tierra.

Veo el agua fluir
desde las montañas,
y la hierba crecer
en vastos campos.

Veo flores brotar
en los senderos,
y la aurora que bendice,
generosa y bella,
el mundo en la mañana.

El sol acaricia con sus rayos
la faz del mundo,
y en la noche
las estrellas esparcen su luz
sobre el universo.

Cuando veo este espectáculo,
el gran ciclo de una naturaleza
que crea y destruye
sin cesar,
cuando contemplo
los tesoros que me arropan
en esta extraña odisea
por los caminos del cosmos,
siento ardientes deseos
de ir más allá
del ser y de la vida,
de trascender con el espíritu
los límites de lo existente.

Quizá aguarde al hombre,
tras horizontes hermosos,
tras ocasos que ocultan
el reino más puro,
un espacio para sus sueños.

Quizá cante al fin el alma
con el lenguaje de Dios.

Elévame, mi yo escondido,
al hogar de la promesa,

envuelve mi corazón
con el ala de lo eterno,
llena de fervor mi voluntad
para abrirme a mundos nuevos.

*

Concíbeme como flujo hecho de amor,
como agua que no cesa de surcar
espacios insondables
y de mover
la eterna rueda de las ansias.

Concíbeme como vida,
y como movimiento,
y como devenir puro
que se alza sobre las nubes del vacío.

Soy masa informe,
fluido ancestral,
móvil perpetuo
que todo lo desafía
con su querer
lluvioso y libre.

Y si soy hechizo,
si soy posibilidad
en busca de un destino,
si soy líquido espiritual
que besa todas las orillas,
chorro inextinguible
que brota de lo profundo,
no me obligues a detenerme
aquí y ahora.

Acompáñame a lo desconocido,
porque mi horizonte es crear,
es acariciar lo inefable
y arañar
los límites de lo posible,
allí donde el crepúsculo
conquista el universo.

Fluye con mi ser
y vuela con mi anhelo.

Abraza mi sed de experiencia
y mi hambre de mundos
que hoy ignoro.

Desborda conmigo
el cauce de la finitud,

allí donde los ecos del mundo
se disuelven en el silencio,
allí donde todo es paz,
remanso divino
que sólo canta a la belleza,
a la belleza de la libertad.

*

Nuestro destino es buscar,
buscar incesantemente
lo que no puede encontrarse;
buscar para vivir
y vivir para buscar,
en el camino infinito hacia el todo,
hacia la luz que deshoja los misterios.

Búsqueda que abre
la verdad del mundo.

Y cuando te busques,
no te encontrarás,
y cuando creas haberte encontrado,
necesitarás seguir buscándote.

Cuando digas “basta”,
atisbarás un nuevo horizonte,
y cuando creas
que toda claridad se ha apagado,
brillará un nuevo sol
en un nuevo cielo.

Cuando sepas,
sabrás que ignoras demasiadas cosas,
y cuando ignores algo,
sabrás que toda tu ciencia
sucumbe ante el límite,
como sierva de lo indómito.

Cuando te creas libre,
sentirás las cadenas,
y cuando te despojes de tu yugo,
surgirá otro insospechado.

Tu ser se nutre de lo que no eres,
y lo que no eres clama por ser
en tu íntimo espacio.

Tu yo se diluye en un nosotros,
pero en ese nosotros
late la necesidad de un yo.

Sólo si te hundes en esta paradoja
puedes aprender a vivir,
porque en la búsqueda
se crea la vida,

y en sus fuerzas toma rostro
la verdad del misterio.

Ser es avanzar
para retroceder,
ascender
para descender,
extender el alcance del deseo
para sumergirse en las profundidades
de lo que siempre nos desborda.

Por muchas sendas que puedas recorrer,
sólo das vueltas en torno a un mismo centro.
El radio se expande,
el círculo se ensancha,
mas todo remite al núcleo,
al origen,
a la fuente de la que brota
lo que ha de ser,
preludio de lo que es.

¿Quién puede trascender toda oposición
entre lo que es y lo que no es,
entre el presente único
que siempre triunfa sobre los tiempos
y el pasado y el futuro que no son?

¿Entre el ahora que absorbe
el ya y el todavía?

¿Entre lo irreductible,
lo singular,
el alma que no cede ante lo extraño,
pues sólo gira en torno a su esencia,
y lo que se ha fugado
o lo que aún no tiene nombre?

¿Y si el presente fuera
el único tiempo concebible,
y por tanto agotara
toda posibilidad
en los márgenes de su sustancia?

¿Y si todo lo que ha sido
y todo lo que será
fueran tan reales
como todo lo que es,
quebrantando la lógica del tiempo?

¿Y si el movimiento

se confundiera con el reposo,
y la diferencia confluyese
con la identidad,
eterna e inasible como un dios huidizo?

Pero ¿es todo un engaño de la mente?
¿Es la fatalidad de un espíritu finito,
que sólo ve porciones del mundo
y sólo comprende detalles del gran todo?

¿Y si todo lo que creemos entender
no valiera nada ante lo inabarcable?

Donde arde la llama de la pregunta
se abre la ventana a un mundo nuevo,
y quizá en la lejanía,
en el infinito que siempre queda
más allá de lo que logramos contemplar,
destelle ese crepúsculo
que precede al absoluto,
allí donde cantan las voces desvanecidas.

*

¿Cuándo se fundirá mi mirada
con el libre flujo de la vida?

Mis ojos anhelan ese instante
que es espacio, e infinito,
y forma pura;
la totalidad inmóvil del objeto
rendida a la eternidad del cambio.

Ayer y hoy son mis lágrimas
las que bañan ese sueño
en mundos inaprehensibles;
ayer y hoy canta mi espíritu
bajo cielos entrelazados
a una verdad que no se agota.

¿Se deslizarán los arroyos de mi alma
hacia el océano absoluto,
allí donde todo se hace verdad,
y donde la verdad se manifiesta
ante el todo
con su virtud creadora?

Soy sujeto,
soy fragmento de lo que me supera;
soy objeto entre objetos,
parte entre partes,
sistema entre sistemas;
pero siento que soy también
fuente de vida,

conciencia que ennoblece el cosmos
con su pujanza y su luz.

No hay día en que las sombras
no amenacen el reino del espíritu;
no hay día sin ocaso
que sepulte todo viso de hermosura
en la estela del olvido.

Mas no hay día sin aurora
renaciente sobre las simas del crepúsculo;
no hay día sin victoria
sobre las huestes abisales;
no hay día sin claridad
que emerge tras hundirse en la nada.

Grande y profundo es el lago de mi sufrimiento;
alta y lejana es la cumbre a la que aspiro.

Soy todo lo que aún no soy;
me define lo que todavía no sacia
la sed de mi espíritu.

Tengo hambre de vida
y conocimiento;
un amor sin rostro
devora mis entrañas.

Frío se queda mi corazón
al contemplar todo lo que cae
bajo los dominios de lo desconocido,
zarandeado por potencias colosales.

Demasiado empeño se desvanece
en caminos que no retornan.

¿Merecía la pena ser sujeto,
exhibir este valor
por transformar
y añadir
en la senda de la existencia?

¿No se diluye la fuerza del sujeto
en mares silenciosos?

¿No cubre la oscuridad
lo que un día perteneció
al imperio de la ilusión humana?

Sólo la fe en un futuro
de creatividad incesante
rompe el hielo de mi espíritu
con efusiones de un calor divino.

Sólo el fuego de esa esperanza
puede enardecer mi voluntad,
ansiosa de trascender lo que hoy brilla
y de recoger frutos nuevos.

¡Corred sin miedo,
sueños del hombre,
fluid llenos de vida
y rebosantes de amor,
proseguid con este mundo
que no deja de avanzar!

¡Cread en el mañana
lo que aún no tiene nombre!

¡Ensanchad el radio de la imaginación
y regalad alas nuevas al espíritu,
para elevaros a una sabiduría nueva!

*

Hija de Zeus,
me subyugas
con tu hermosa voz.

Canto celestial,
los acordes sagrados
de tus himnos
elevan mi espíritu.

Irradian armonía
y, llenos de luz,
bendicen el mundo.

Sones tan puros
sanan mi nostalgia.

Que un arpa eterna
toque todo lo que es bello,
y enriquezca el alma
con nutrientes infinitos.

Hemos nacido para crear,
y ascender con tus alas
al hogar de la memoria.

Hemos nacido
para ensanchar misterios.

*

¿Quién ha robado el fuego
que arde en la cima de la montaña?

¿Qué alas se han alzado para conquistar
un esplendor tan deslumbrante,
lleno de fervor salvífico,
belleza ante la que se arrodilla mi alma,
encinta de apetencias inmortales?

¿Has sido tú, divina curiosidad,
porción de lo infinito
en la fragilidad de la carne?

¿Has sido tú,
sed insaciable de poder
que hace temblar todos los límites?

¿Dónde está la esencia del hombre
que osa transgredir
lo que los dioses decretaron?

¿Dónde el impulso nunca satisfecho
que asciende sin temor
por las faldas del monte santo,
allí donde ni los poetas se atreven a cantar?

Un águila nos observa desde lo alto,
celosa de sus dominios.

Este espectáculo es sublime;
disipadas las nubes
y aclarado el cielo,
la verdad se manifiesta sin fisuras.

¡Oh fuego, oh luz!,
¡oh desfile de imágenes indescifrables!,
¡oh paraíso escondido
que sólo los valientes vislumbran
en las profundidades de una pasión invicta?

Es el amor
la fuerza y la gloria que nos eleva:
el amor a lo desconocido;
la necesidad de un ser
hecho no ya para vivir,
sino para anhelar y crear;
un ser que vive y navega

en el incandescente deseo,
un ser cuya vida es creación
y cuya creación es vida,
vida inagotable,
fuente que derrama sus aguas puras
sobre la inmensidad y el silencio.

Y en esa búsqueda
que nos incita a profanar
fuegos sagrados
resplandece la vida auténtica,
la vida que anhelamos y construimos
en el campo del sufrimiento,
pero de un dolor transformado en gozo,
en gozo celestial
que hiela la mirada de los dioses,
herederos de nuestra ternura.

¡Oh beso triunfal del espíritu!

Noble es tu poder,
sonoro es tu eco
en las honduras del corazón.

Tú anegas la morada del hombre
con la magia del deseo,
tú empujas esta naturaleza
pequeña y desdichada
por el sendero de lo grande,
de lo eternamente bello,
pues no cesas de abrir
los pórticos de mundos invisibles,
de mundos nuevos,
deparados a quien sabe contemplar
lo que aún no ha florecido,
hasta oír lo inaudible
y tocar lo intangible.

¿Quién sondea tu misterio,
quién celebra tu grandeza,
sino el alma entregada a tu búsqueda,
al bien que la reclama?

Si tras este cielo que se dilata sin fin
hay un cielo aún mayor,
y luego una oscuridad siempre más profunda,
que todo lo abarca y a todo se extiende,
volemos, hermanos, por lo infinito,
y extraigamos de cada punto del espacio
la sustancia de lo eterno,

para beber del cáliz que no se consume,
de la copa de la razón y de la justicia.

Disueltas están las corrientes del miedo.
Ahora nutren el barro de la ladera,
donde brotan raíces audaces
y árboles hermosos,
de fulgor limpio
y dulce fruto;
abrazarlos quiero
como hijo perdido
que ahora regresa.

En esas alturas inefables,
la noche se convierte
en perenne aurora,
en voz que acude a la llamada
de una pujanza divina.

Franqueando el profundo abismo
de la desconfianza,
blandiré esa antorcha
en manos ya no cansadas,
esparciré su luz por todos los reinos
de esta creación,
de este mundo inacabado,
desbordaré fronteras y otearé
paisajes nuevos que me aguardan
en el imperio de lo desconocido.

Y en cuanto acaricie esa cumbre sosegada,
penetrará en mi seno la chispa feliz,
el tridente imperceptible
que alumbra corazones marchitos,
el aura y el rapto
de una fe inquebrantable
en horizontes vastos y azulados,
allí donde lo finito se funde
con el océano que nos acoge,
con la emoción que nos embriaga.

Luz, aire, fuego...
Todo converge,
irradiado hacia un mundo
que siempre se amplía,
hacia un mundo que es desafío,
para iluminar el viaje que descubre
lo que en verdad somos.

Desembarazado de pasiones extrañas

y reconciliado con mi libertad,
robaré el fuego sagrado
para después devolverlo
a su morada perenne,
a su recinto sacro,
a la cúspide donde habita el misterio
que guía a la humanidad
como estrella benéfica,
como impulso a conocer.

Subid, hermanos, al monte
que es también templo,
templo de esperanza
en nuestras posibilidades,
porque trabajar es vivir,
es ensanchar mundos
con la luz del espíritu;
y al escalar esa ladera,
al aspirar a la cima
que merecemos coronar,
brilla el hombre
como futuro y destino.

*

No hay noche que me impida amar la vida;
no hay oscuridad que oculte
mi anhelo de luz y claridad,
mi apego profundo
al tallo que brota en medio del silencio.

No hay noche que me impida contemplar
el don que la tierra nos ofrece;
no hay palabra ni gesto ni experiencia
que cierre mi corazón
a la belleza de este mundo.

Sé que todo es incierto.
Sé que nada garantiza
que vuelva a salir el sol,
pujante y hermoso.
Pero mi amor a la vida
se nutre de esta inquietud.

Superar el miedo
y sobrevivir a la tristeza
es el camino
a la felicidad.

Podrá retrasarse la aurora,
podrá dilatarse la noche,
podrá extenderse el imperio de las sombras,
pero no puede apagarse
la llama de la conciencia,
que es hija
del fuego de la vida.

*

Clamor de eternidad, luz y dulzura
que disuelve el temor y la apatía,
asilo santo, gloria que extasía
y todo lo sosiega con su hondura.

Imagen infinita de hermosura
que nos acoge y llena de armonía,
remanso cristalino, alto vigía,
milagro angelical y ofrenda pura.

Destello sideral, claustro imantado
al refugio inmortal de la belleza,
tesoro que custodia don y cielo.

Eleva mi alma con tu soplo alado
al reino de la paz y la entereza;
¡sáname con la magia de tu anhelo!

*

Vino la belleza
como un arroyo cristalino.

La claridad del agua se convirtió en fuego,
y abrió mi mente su fulgor santo.

Me envolvió con dulces llamaradas,
prolongaciones de un rostro que ansiaba devorarme.

No entendí su nombre,
balbuceado entre misterios,
pero no me importa:
su beso ardiente me ha sanado.

Aún hoy,
ella me bendice con su consuelo,
ella rompe las puertas de mi espíritu,
que ahora se siente libre.

*

Sin quejas ni rencores miro al mundo.

Todo es aurora ante mis ojos,
todo es claridad para mi espíritu.

Sólo busco aquello que me eleva,
aquello que es fuente de luz,
verdad y esperanza,
y como si un dulce canto
inundara de ternura los cielos,
mi corazón se regocija con la vida.

Al igual que un río rebosante
no teme dar su agua
a la vastedad del océano,
mi existir es una ofrenda
al mundo y a la humanidad.

Ahora estoy en paz con el universo,
porque he aprendido a amar
y a comprender.

Estoy en paz conmigo mismo,
y con el hombre,
y con todo lo que me rodea.

Esta paz mana de una conciencia serena,
como rayos que nacen de un sol eterno.

Nada puede asustar
a quien no vive para sí,
a quien entrega su ser
a lo incondicionado,
y entiende que este fugaz vuelo
por el reino de la vida
es belleza y milagro.

*

He descubierto un lugar
donde la imaginación se eleva sin esfuerzo,
como si un aliento ignoto
impulsara sus alas adormecidas.

Suave y evocador
como una huella en la nieve
es el horizonte al que aspiro;
sutil y rumoroso
como un arroyo escondido en el bosque.

Inagotable en su simplicidad
es lo que busco;
cada vez más grande y más pequeño
al unísono,
como un mundo que se expande
y contrae
para acogerlo todo
y destilarlo todo.

Sólo allí reposaría
mi ansia de saber;
sólo allí lo infinito
abrazaría la finitud del hombre.

Ya no temo lo desconocido.
Lo amo tanto
que anhelo comprenderlo,
para sentirlo y vivirlo
en las inmensidades del alma.

Bello e inmóvil en su trono solitario
resplandece todo cuanto aún escapa
a nuestro entendimiento.

Lo que la intuición vislumbra
brota esbelto y luminoso en el mañana,
pero siempre flanqueado por las sombras,
porque oscura es la luz
que sólo revela fragmentos del todo.

*

Todo pasa,
¿por qué pasa todo?

¿Por qué han de correr
los días y las noches?

¿Por qué han de sucederse
unos amores a otros,
unos sueños a otros,
unos nombres a otros?

Con sus veloces alas,
el tiempo empuja
la inmensidad del mundo.

Un dios oculto
exhala el soplo,
y todo se mueve
hacia el futuro.

¿Por qué hay tiempo
y no sólo espacio?

¿Hacia dónde,
hacia dónde avanza todo,
sino hacia lo desconocido?

El presente no se soporta a sí mismo;
rápidamente ha de ceder su luz
a otro presente,
a otra manifestación
de lo que no comprendemos.

No quiero que sigas
sin responderme;
no quiero que este ocaso
se marchite
y se convierta en nostalgia.

Nacer y morir
son dos formas
de abrirse al misterio;
y en el horizonte,
allí donde el crepúsculo
se funde con lo eterno,
vislumbro una belleza
que no se desvanece.

A esa aurora
que aún no existe
entono hoy mi canto;
a ese rayo puro
que rasga sin temor
el velo de lo inexplorado.

*

Seguiría contemplando
el paisaje,
pero debo continuar.

Luchar es mi destino.

Avanzar.

Buscar
lo que aún no conozco.

Seguiría degustando
esta belleza
que el mundo me entrega
sin pedir nada a cambio,
pero debo caminar
por los senderos de la tierra,
debo navegar
por mares inexplorados.

Seguiría admirando
esta grandeza;
seguiría absorto
ante tanta hermosura,
pero debo combatir
para crecer
y amar.

Lo fácil es observar
el espectáculo de la vida;
lo difícil es comprometerse
con la vida.

Y vivir es luchar.

Debemos luchar,
porque el mundo
aún no es justo.

Debemos luchar,
porque queda mucho
por entender.

Debemos luchar,
porque queremos vivir.

*

Ya dice adiós la noche,
ya sucumbe la oscuridad
en el profundo abismo.

Ya silba a las puertas de la tierra
la voz de la mañana,
tan gozosa y bella
que deshace el hechizo del crepúsculo.

Cantad, cielos sin nombre,
al sol que emerge en la lejanía;
profeta de la creación,
anuncia la llegada del deseo
para orientarnos
en los caminos del mundo.

Será su luz,
brillante y pura,
saciada de vida,
nobleza y juventud,
la que me sumerja
en el misterio de un nuevo día;
será la belleza inalterable de sus rayos
la que me acompañe
en esta hermosa aventura,
tejida de aspiraciones;
será la magia de lo que me precede
la fuerza que me introduzca
en el horizonte glorioso del futuro.

Desbórdame sin miedo,
dulce impulso que manas
de fuentes desconocidas;
florece e inunda de poder
todo lo que ahora yace oscuro,
hasta que tu claridad disipe
el reino de las sombras,
y la pujante aurora
triunfe sobre la tristeza.

Es la hora de una naturaleza
que no cesa de fluir
hacia su destino,
destino nuestro,
destino universal;
es el brotar de destellos inexhaustos

que guían almas y cuerpos
por la senda incierta.

Es el presagio de una armonía
que nace del esfuerzo
y de la lucha:
de la paz que conquistamos
con fatiga y ardor,
pues trabajamos
para dar rostro a lo invisible.

*

De la noche eterna surgen dioses escondidos.

Son destellos de esa infinitud
que asciende y desciende
por los abismos del ser,
mientras el alma de la humanidad
se desliza por la historia.

Es la llamada de una fuerza
que me libera,
me abraza
como hermana inadvertida,
y como un río en calma
me conduce al gran océano,
allí donde la totalidad
canta poemas olvidados.

Junto a la orilla
los bosques susurran
palabras que no entiendo,
porque transparentan
lo inescrutable,
el claroscuro de una verdad infinita.

Los pájaros derraman
sus bellas melodías
a un espacio puro,
cual aurora inextinguible
que todo lo llena de sentido.

Un cántico de amor
resuena en lo profundo,
en la morada suspirante
que escucha los acordes prohibidos.

Incesante,
con holgura y primor,
fluye la vida,
hija del movimiento,
gozosa en su poder,
arropada por un manto intangible.

Emerge un sol radiante
que todo lo ilumina,
hermoso como un arroyo en la montaña.

En su reino

brotan verdades ocultas,
hondos hechizos
en las inmensidades de un amor velado.

Todo evoca
un fundamento
capaz de superarse a sí mismo,
de crear lo imposible
tras las nubes de lo ignoto.

Todo resplandece,
pues todo refleja unidad,
un cielo que trasciende
lo que no comprendemos.

Brilla
intensamente,
con vigor y dulzura,
todo aquello a lo que aspiro.

El fin absorbe el medio,
el principio converge con el destino
y un fulgor demasiado bello
atrapa los resquicios de mi alma.

Naturaleza y espíritu se dan la mano
en este refugio perenne,
en este esplendor que me redime,
en esta intuición divina
que todo lo contempla
porque todo lo ama
libremente.

Ni siquiera la muerte
puede infundirme temor.

Todo es luz,
clara y pujante;
surtidor diáfano
enraizado en eternos paraísos
que reclaman nuestros sueños.

Luz que envuelve a quien ha visto
el centelleo del amor,
esperado como un mundo nuevo
tejido de hermosura,
fresco como cascada
que vierte el agua de los ángeles
sobre el vacío de la tierra.

Si he de morir,
al menos habré amado,
habré entregado
el tesoro de mi espíritu
al altar más santo,
a la armonía suprema
de un bien infinito
deparado a la humanidad,
allí donde los dioses
sacrifican el dolor del universo
en vastedades de silencio y llanto.

No importa hacia dónde camine,
porque sé que busco
lo que debo encontrar,
en la belleza de un diálogo libre.

Como un torrente inagotable
mana el sentido,
se abre la oscuridad
al imperio de la luz,
y la gracia de un dios bondadoso
se posa sobre las alas heridas
del hombre.

Se eleva el entendimiento
a una intuición profunda,
impronta de un mundo bello,
y la sagrada imagen
que trasluce la verdad
colma el receptáculo de los anhelos.

Todo anuncia un alba
que sepulta los vestigios de la noche.

Nace lo eterno,
y un cosmos caduco fenece,
ansioso de vida nueva,
de dicha inédita.

Un mundo de paz inexplorada
acaricia mi rostro
con su céfiro suave.

¿Cuándo volveré a cantar tu dulce nombre,
morada huidiza
de lo absoluto?

¿Cuándo volveré a amar
para dar sentido a la naturaleza?

Pues con la luz que consagra
el amor auténtico
entrevemos el rostro
de un dios posible
que ha retornado a su hogar,
en el misterio del corazón humano.

*

Llanura de misterios y vacío
es este mundo,
grande y poderoso.

Y en algún lugar posible
siempre espera el amor
a quien sabe acogerlo.

Sólo entonces,
sólo cuando sus rayos
bendicen nuestro ser,
cobra todo sentido.

La oscuridad se vuelve claridad,
la ignorancia, saber,
el llanto, gozo,
y todos los cielos
y todas las tierras
conspiran al son
de este milagro,
que suspende devenires
y consagra destinos.

Su luz es un fulgor que no se apaga.
Engendra lágrimas tan puras
que disuelven la solidez del cosmos.

El amor es un día sin crepúsculo,
un astro sublime
que no cede ante la noche.

Montaña sin cima,
aurora sin ocaso,
tiempo sin flujo
y océano sin contorno
es el dios amor,
éxtasis indefinido
que nos enaltece
a paraísos eternos.

Porque el amor
es el dios que merecemos los hombres.

*

El río de la belleza
impulsa el alma
con sus suaves corrientes.

Transparente y sosegado,
habla el lenguaje
del espíritu,
hecho para sentir
y entender.

Bañarse en sus aguas
inspira en lo profundo,
y seguir su curso
nos conduce a la verdad.

Como una fluctuación del absoluto,
la belleza reconstruye
el frágil edificio de los sueños,
y mitiga la pesadumbre
de un ser lanzado al vacío.

Nos fortalece
ante la inmensidad y el silencio,
pues de sus fuentes brota
un legado de vida y luz.

No importa
que pase el tiempo:
sus destellos reflejan
algo puro,
algo universal,
algo común
a todos los hombres.

No importa
que los sueños se congelen
en lo irrecuperable:
un mismo aliento
lo mece,
un soplo inescrutable
que nos acerca
a lo incondicionado.

*

No grites a lo alto
si aún no has agotado
las voces de la tierra.

Ninguna filosofía basta
para enseñarnos a vivir.
Ser en este mundo
exige amar y conocer su hondura,
para transformarlo,
para mejorarlo
en la senda incesante hacia lo nuevo.

Si eres,
ya has triunfado
sobre el silencio de la nada,
ya te has alzado
sobre la eternidad inconcebible,
ya has conquistado
una porción de lo irrevocable.

Y aunque dejes de ser,
ningún poder de este mundo
borrará nunca la verdad,
el registro de que has sido,
de que has formado parte de este cosmos,
de este misterio,
de este juego de posibilidades,
de esta fuerza y de este destino,
como necesidad entre necesidades,
como ley entre leyes,

como arcano entre arcanos.

*

Siempre hay un presente
donde reinventarlo todo.

Y en ese mundo
mis deseos
(sí, esos rostros del futuro
que hoy esculpen mi ser,
esas imágenes de lo ausente
que me hacen ser humano)
fluyen con dulzura,
porque se realizan en sí mismos,
se clausuran y agrandan ilimitadamente
en su puro desear,
en la sagrada autonomía que los bendice
allí donde ninguna frontera
es ajena a ellos mismos.

Como un poema
olvidado por algún dios
que sabe derramar lágrimas,
ese canto
que yo soy
resplandece libremente,
iluminando la noche de la vida
con la antorcha de la infinitud.

*

Ya emerge
el crepúsculo
sobre las montañas,
lleno de colores
y sugerencias.

Ya se entronizan
en el horizonte
sus destellos angelicales.

Ya golpea el futuro
las puertas del alma,
despertando presagios inmortales.

¿También hoy
has de caer
en el abismo?

¿También hoy
has de ceder
ante las profundidades?

Aunque sucumbas
a las sombras,
nos brindas
belleza,
don universal,
el nutriente
que merecemos los hombres.

Un sueño divino
embarga el corazón
cuando contemplamos
lo que siempre deslumbra,
lo que siempre justificaría
una existencia.

Entonces nos conocemos
a nosotros mismos,
pues buceamos
en la fuente del deseo.

Entonces fluye
el agua de la vida,
y manan
arroyos nuevos
sobre la faz

de la naturaleza.

En esos instantes,
una claridad sutil
envuelve nuestro ser.

La mente se abre,
lo oculto se revela
y flotamos libres
entre universos.

Lo que escapa
a nuestro dominio
se funde cálidamente
con nuestra voluntad.

Triste o alegre,
el Sol se despide
de sus súbditos,
porque ha de hundirse
en lo inexplorado,
en el misterio
que antecede
a la aurora.

Se hunde en la noche
porque ha de preparar
la efigie de lo nuevo,
tallada con fervor
en un mosaico sagrado.

Tal es su deber:
viajar en círculos,
inundando
tierras y cielos
con el poder de lo posible.

Corre,
ve a iluminar
otros mundos
que también necesitan
tu fulgor,
dulce y sereno.

Difunde el bien
con la nobleza de tus rayos,
para que tu hermosa
y vivificante mirada
abraza lo que es oscuro,
pero busca brotar

en el reino de la luz.

Crea,
fuerza ancestral,
matriz exuberante,
nuevas experiencias
en quienes anhelan
beber el rocío
de tus infinitas formas.

Que tus alas invisibles
eleven el espíritu
a un espacio eterno,
poblado de imágenes
puras y santas.

*

¡Ah!, si pudiera sobrevolar el mundo
como un águila,
ver bajo mis alas
la hermosura inalterable
de estos espacios,
flotar grácilmente
por el vacío
y acariciar la textura de los cielos.

Las cumbres resplandecerían
como los brazos de una tierra
que aspira a lo alto.

Surcaría sin miedo
la inmensidad,
navegaría sin rumbo,
feliz y recreado
en mi contemplación.

Las montañas a mis pies
sólo evocarían
recuerdos marchitos
de mi pasada impotencia.

Paisajes sin término,
ciudades empequeñecidas,
tesoros escondidos,
océanos inagotables...;
un todo magnífico
que comparecería ante mí,
su juez inusitado.

Vasto y luminoso,
el cielo me revelaría
la sagrada libertad,
que trasciende todos los límites.

La majestad del mundo
desfilaría
como una cadena
de imágenes puras,
y yo apreciaría la magnitud
de esta morada que hoy me acoge.

Un ave,
o un dios,
siente el poder

de quien se eleva
y divisa
la unidad,
el todo clausurado
sobre sí mismo.

Desde lo alto,
lo visible
y lo oculto
se hermanan;
la naturaleza
y el espíritu
se dan la mano
en un reino sin fronteras.

Allí,
la fantasía teje
los ropajes
de un cosmos ensanchado,
y no hay ocaso
para la imaginación.

¡Oh alas divinas!,
yo quiero volar,
yo quiero ascender,
yo quiero percibir
con mis propios ojos
todo lo que es bello,
todo lo que es bueno,
todo lo que es verdadero,
y grande,
y santo,
y posible
en este mundo.

Yo quiero volar
como un dios
y como un ave.

*

He contemplado una belleza
que me sobrecoge.

Sus iridiscencias
me revelan el destino,
y bañan mi corazón
con su luz dorada,
hermosa como el azul del cielo.

Son efusiones de vida
en el desierto de lo que no entendemos;
milagro de divinidades inasibles
que atesoran energía,
ensueño y grandeza.

Es necesario admirar lo que nos desborda,
pues así crece el espíritu,
franqueando fronteras retadoras.

La majestad de lo que nos desafía
nos eleva a mundos nuevos
con su ingenio sobrenatural
y su llama incandescente.

Como una unción santa,
como la eterna promesa
de una juventud redentora,
como un beso angélico
que infunde dulzura y claridad
entre las grietas del alma,
su pujanza y su viveza
nos bendicen
en la aurora
con haces de presagios
que asaetean corazones sigilosos.

He presenciado una verdad
que traspasa la fuerza de la imagen;
una verdad
que me sumerge en el fondo auténtico,
en las inmensidades de un fundamento libre.

¿Acaso soy testigo
de la realidad última,
de la posibilidad que es necesidad,

del ser que absorbe
todas sus manifestaciones
en el ciclo incesante
de lo que sólo remite a sí mismo?

Su reflejo,
¿no deslumbra los horizontes del alma
desde una fuente incognoscible?

Un corazón anhelante
recibe los preludios de tu luz infinita,
¡oh misterio que sobre mí te elevas,
luminoso y oscuro al unísono,
emblema de un poder que me trasciende!

*

Cuando el crepúsculo
corre el velo del día
con su tierna mano,
cuando el gran mundo
cierra sus pórticos
a los heraldos de la luz,
y evocaciones de paz y belleza
acarician el corazón,
un profundo sentimiento
envuelve mi ser.

Allí donde mis ansias agonizan
en ocasos desconocidos,
allí será libre mi alma
para suspirar
por lo que no tiene nombre.

Sólo allí,
donde un poder oculto
abraza la imaginación
con el halo del ensueño,
y me eleva sobre un cosmos
demasiado extraño.

*

El eco de mis sueños
riza el agua
de este estanque sigiloso,
hogar de promesas ancestrales.

Todo este silencio
esconde palabras profundas,
bañadas de armonía.

Si sus voces despertaran,
tocarían el corazón
con su pureza.

Quien sabe escuchar
el silencio
aprende a amarlo
y a temer a quienes hablan
sin decir nada,
o a quienes sólo dicen
algo oscuro.

La luz de ese silencio
es sagrada;
no debe iluminarnos,
pues aún no la merecemos.

Sólo quienes aprenden
a amar el silencio
son dignos de su don.

El espíritu siempre es distante.
Sus rumores silban en la lejanía.

Pero su dolor es demasiado
intenso
para un solo hombre.

*

¿Eres tú el que cree conocerme?

Sólo me conocerías si me amases,
porque las puertas de mi alma
sólo se abren al amor.

Hasta entonces
custodian un recinto sagrado,
y no hay fuerza en este mundo,
no hay voluntad de opresión,
no hay miedo,
no hay fatalidad
que pueda irrumpir en ese reino de inmensidades ocultas,
en esa montaña que sólo yo puedo escalar,
en ese valle que sólo yo recorro,
en ese océano que sólo mis naves surcan,
en ese cielo de anhelos inquebrantables
reservado a las alas de mi corazón
y a los ojos de mi espíritu.

Soy el canto ausente
que hoy merece ser escuchado
bajo la bóveda de los dioses;
soy todos los mundos que caben en mi imaginación,
y todos los mundos que puedo entender.

¿Cómo podrías tú bucear
en las soledades que me componen
si yo no te diera permiso?

Pues ¿en qué lenguaje te revelaría mi secreto,
sino en el lenguaje eterno del amor,
que es la voz de la vida?

Me viste perdido en el largo sendero.
Me viste vacilar en la encrucijada,
y pensaste que ignoraba mi destino.

Pero yo siempre he caminado
hacia mi hogar.

Incluso en tempestades indómitas
no me desvié;
seguí mi propio rumbo.

Una estrella invisible iluminó siempre mi alma.
Una estrella eterna que derrama

el poder imbatible de su luz
sobre quienes saben esperar
y confiar.

Ella me dio la fuerza indestructible
con la que soñaba;
ella me convirtió en sueño,
y en destino,
y en hombre,
porque ella era
deseo de amor.

No hay palabra que recoja
la esencia de este universo,
de este gran todo que nace, muere y renace en mí,
repleto de sueños y posibilidades,
enaltecido hasta firmamentos
que todo lo trascienden
y que todo lo ungen
con el más santo de los óleos.

No hay palabra que agote
lo que siente el ser humano,
lo que siente la entera humanidad
a través de cada uno de sus hijos,
lanzados a este mundo
para transformarlo y elevarlo.

Sólo el amoroso reflejo
de otro yo que conmigo sienta
una fuerza inescrutable
puede calmar mi sed,
sed de vida,
sed existencial
que clama por absorber
todo lo que el mundo ofrece
a un espíritu ansioso.

Quien ha perdido el miedo a amar
ha perdido el miedo a vivir;
lo eterno se filtra por sus venas
y hace su alma partícipe
de la luz del sentido.

Entonces respira el sagrado aroma
que bendice la morada de los dioses.

Y yo quiero inhalar sentido,
quiero imbuirme de fragancias inmarcesibles
y de las pujantes evocaciones

de un néctar puro.

Quiero surcar en mi mente
todo lo que puede ser,
y todo lo que es,
y todo lo que ha de ser
en las vastedades que me rodean
y embriagan,
pues transparentan los destellos
de una instancia sublime.

Pero sólo tu beso,
prodigio de ternura invicta,
puede sostenerme en mi búsqueda.

Abraza todo mi ser,
camina conmigo,
disipa las brumas de mi angustia
y susúrrame al fin
la palabra salvadora
que anhela mi corazón,
hecho para lo profundo.

*

Es el aire que susurra en almas desahuciadas
lo que embriaga mi imaginación.

¿Qué ecos puros no resonarán
en quien aún busca la belleza,
la claridad y la armonía
en mundos hostiles,
sordos a la llamada de lo eterno?

¡Oh canto que en mí evocas
el murmullo marchito de un mundo perdido,
oculto entre nostalgias!

Conquístame con tu música,
suspiro noble y sagrado,
dulce efluvio de noches silenciosas;
derrama las corrientes de tu verdad
hasta inundar mi entero ser.

Hermoso es escuchar
tu profundo mensaje,
tejido de fe y amor,
hechizo de fervor y lágrimas.

Como una fuente inagotable,
tu tesoro invicto
nutre sin cesar a quienes luchan
por transformar el mundo.

Fresco y poderoso,
ante mí revelas
el espíritu de la vida,
que consiste en desear
y en esforzarse
por tallar efigies nuevas,
alientos divinos
para este universo
que se apaga y consume.

Cuando tu fuerza creadora
eleva mi corazón
a firmamentos que parecían ausentes,
alas nuevas se abren,
ansiosas de surcar
cielos inexplorados.

La luz que no se desvanece

irrumpe con esplendor y gloria
en estancias prohibidas,
y el reflejo de un sentido
colma vacíos y silencios.

La inmensidad se llena
de ensueño y significado.

Una voz que renace
musita entonces
las letras añoradas,
el nombre de un hogar desconocido.

Lo oscuro cede ante la aurora
que se sobrepone al ocaso,
y lo que creímos imposible
emerge en esta vastedad de reinos,
disipando sombras y temores.

¡Oh soplo inescrutable
que dimanas de un origen
y de un destino:
no dejes de visitarme
y de infundir esperanza
en quien aspira a amar!

*

¿Por qué se empeña el hombre en destruirse?

¿No resplandece el azul del cielo,
no brilla el Sol sobre el mundo,
no florecen los árboles
y manan las aguas
de profundas fuentes?

¿No gira el orbe
y se renueva la existencia
con cada amanecer?

¿No recorre la luz el universo
en busca de alguien que la acoja?

¿No cantan los pájaros
en las ramas,
no se oye el murmullo
de los arroyos
en la paz del bosque,
no renace todo
con el milagro eterno de la aurora?

¿No es bella,
y grande,
y sabia,
la vida?

¿Por qué destruir
en vez de crear?

¿Por qué odiar
en vez de amar?

¿Por qué cerrar
en vez de abrir?

¿Por qué temer
en vez de esperar?

Que el bien
que en todos habita,
que el destello de amor
que en todos se enciende,
disipe por fin el odio,
la guerra,
la destrucción,

y plante la semilla
de un mundo nuevo
en una mente nueva,
de un corazón nuevo
en una historia nueva.

*

He visto la salvación.

He sentido
una densidad de presencia
que me eleva y humilla
al mismo tiempo.

He abierto mi ser
a una luz nueva,
gozosa y santa,
que todo lo colma con su gloria,
pues trasciende cualquier límite
y accede sin miedo
al espacio universal.

He contemplado
todo un mundo de posibilidades.

Me he dejado conquistar
por una idea demasiado bella,
y un anhelo inesperado
ha brotado en esa fuente,
cual pasión que vence al olvido.

Como si un cielo ignoto
hubiera desplegado todo su vigor
sobre la fragilidad de mi espíritu,

he percibido una hermosura
que me redime,
una verdad que me ensalza,
un destino que me sana.

He puesto todo mi corazón
en un horizonte puro,
en aquello que no se consume,
en lo que desafía
el poder y la vanidad.

Mi alma ha respirado
la fragancia más dulce,
el aroma de lo eterno,
la esencia de lo desconocido.

Todo lo que soy
ha crecido al mirarse
en un espejo sin mancha,
y los caminos de la tierra
de repente han revelado
claridad y sentido.

Ahora comprendo
lo que antes me aterraba;
ahora resplandece
lo que creía oscuro;
ahora brilla la existencia
con la luz del amor.

*

¡Oh infinita infinitud de anhelos,
imperio de totalidad
que se desliza por lo inescrutable,
para llenar el mundo
de libertad, amplitud y comunión!

¿No huye a ti el alma
atrapada por el triste eco del sinsentido?

Ignoro cuántos destinos existen en la tierra.
Quizá todo conduzca a un único puerto,
del que no podemos escapar.

Con fervor he surcado
incontables caminos
en busca de esa meta
que tantos auguran.

No he hallado nada parecido a un destino.
Tan sólo he descubierto
itinerarios contradictorios,
sendas divergentes,
rutas que proyectan
el cuerpo y el espíritu
a parajes inusitados.

Tan sólo he encontrado
un destino posible:
amar mi búsqueda
y crear un amor nuevo.

*

Quiero sondear
la plenitud del ser,
el territorio inexplorado
que custodia lo posible,
la vastedad que trasciende
todo cuanto percibo.

Quiero sentir el infinito,
el poder que siempre triunfa
sobre cualquier límite.

Quiero acariciar
los confines del todo,
la forma de lo inescrutable.

Quiero ser
más de lo que creo ser,
más de lo que he sido,
más de lo que debo ser.

Quiero respirar
el aroma insospechado,
palpar
la verdad encarnada
en lo que no comprendo.

Quiero imaginar
para vivir,
y vivir imaginando
lo que nunca se agota.

Quiero existir
en esa inmensidad
que me fascina y desborda,
en ese espacio inabarcable
que todo lo contiene
y todo lo ensancha.

Quiero abrirme
a mundos nuevos
con un espíritu nuevo,
tejido de libertad,
fuerza y asombro.

Quiero buscar,
aun sin encontrar,
porque la existencia plena

no teme caminar
hacia lo desconocido.

*

¿No habéis escuchado los murmullos de un dios
que susurra en lo escondido,
de un dios que alaba su creación
y su aurora?

Ese dios habla a través de la belleza.

Su lenguaje es demasiado puro
para muchos que creen comprender.

Ese dios siente nostalgia
por todo lo olvidado
en el acontecer del mundo,

y nos guía
con la antorcha fugitiva del deseo,
ventana abierta a lo infinito.

Que la dulce esfera de su luz
bendiga el mundo con sus rayos;
que la esperanza renueve
la faz de lo que existe,
acercándolo a lo que aún no existe
con su efusión
de claridad, juventud y hermosura;
que hablen las voces apagadas
y renazcan los paisajes perdidos;
que todas las ilusiones de la humanidad
se fundan en el crisol más pulcro,
reflejo de un dios
que sólo sabe amar,
y que en las grandezas de ese amor
impulsa el misterio de la vida
por la senda incierta.

*

Brilla sin miedo,
mi dulce luz,
en el cielo del amor.

No dejes de iniciarme
en los misterios de la vida
y de la naturaleza,
no desistas de iluminar
mi búsqueda y mi deseo
en este mundo desafiante,
en este espacio sagrado.

No olvides
que aquí hay un hombre
cuya alma no se rinde
ante lo que no comprende,
y que en la eterna lucha
por ser libre
encuentra su destino,
cerca de los dioses.

*

Cuando me asomo al desfiladero más hondo,
tiemblo de estremecimiento infinito.

Me sobrecoge un abismo
demasiado oscuro.

Me aterra desaparecer,
y mentiría si lo negase.

Sólo el amor mitiga
mi miedo eterno a la muerte.

Sólo sus sagradas aguas
hacen florecer la vida
en una historia inhóspita,
y colman de sentido
todos los universos.

Pero aquí,
mientras contemplo
innumerables mundos
que fenecen y renacen
como hijos del único mundo,
sustancia que no cesa de fluir;
mientras observo
el brillante sol,
de solitaria grandeza,
que se apaga cada noche
para luego resurgir,
lleno de vida y hermosura,
sólo puedo preguntarme
si volveré cuando caiga
en el inmenso abismo
que devora toda luz
y todo fragor,
diluido en la vastedad
de lo que no tiene nombre.

Mas ¿qué son la vida y la muerte?

¿Adónde regresaría,
sino al profundo misterio
que también hoy me conmueve?

Quisiera descubrir
lo que allí late,
pero regresar después

al gran enigma de la vida,
al reino del movimiento,
el color y la frescura,
donde es posible amar
y ser amado,
donde el fulgor de los días
y la magia de las noches
inflaman un mismo impulso.

*

Es sed de vida y belleza,
sed de espíritu,
lo que ahora me invade.

Dolor por lo que jamás
contemplaré,
ni entenderé.

Dolor por amar en demasía.

Y yo busco sin cesar
manantiales cristalinos
que sacien la sed de mi alma.

Busco sin cesar
belleza y vida
que calmen
esta sed sagrada.

Busco elevarme
a lo inexplorado,
para ensanchar
el círculo de mi conciencia,
y aprender a amar
lo que no conozco.

*

Mira, oh espíritu, al cielo;
contempla las órbitas de los planetas,
siervas de la geometría;
admira la armonía matemática del cosmos
y pregúntate
por qué sólo aquí,
sólo sobre la faz de esta tierra
y bajo los auspicios de este orden,
ha surgido el don de entender.

¿Crees acaso que en esta infinitud
de espacios y mundos,
en esta creación de sublimes resonancias
y evocaciones incesantes,
en este abismo de misterios y destinos,
la luz divina de la inteligencia
despunta en un único lugar?

¿En verdad piensas
que sólo aquí,
en este bello caos que es la tierra,
ha nacido vida capaz de comprender?

En infinitos mundos
cabén infinitas inteligencias;
en el infinito siempre hay espacio
para lo desconocido.

*

Buscas a Dios,
y sólo te encuentras a ti mismo;
persigues el todo,
y sólo hallas la nada;
deseas ascender al cielo,
y sólo te reclama la tierra.

¿Qué es de nosotros los hombres,
condenados a vagar
entre mundos y anhelos,
para construir un destino
envuelto en oscuridad?

Pero en el ascenso
a esa montaña sin cumbre,
¿no inhalaría nuestra alma
el divino silencio de los místicos?

*

¿Faltan pájaros en las ramas
o peces en el mar?

¿Deja la naturaleza de cantar
dulces melodías
o de llenar el mundo
con su exuberancia?

Del instinto,
hermosura;
de la necesidad,
grandeza.

No te inquietes, humano,
por todo lo que no alcanzas a comprender.

Sigue y persevera.

La luz siempre esperará.

*

La faz de la Luna
me bendice con su mirada,
dulce y serena.

Fulge su presagio;
saciado de hermosura absolutoria,
eleva mi corazón
al hogar de una concordia santa.

Todo esto es
demasiado bello para un hombre.

Como en un estanque sosegado,
todo un mundo
se refleja en mi alma,
ansiosa de luz.

Yo soy el agua,
pues soy espíritu,
y el espíritu fluye
y reposa sin temor,
iluminado por focos eternos.

El espíritu es el día
que habita en la noche,
el resplandor
que no se consume
en la oscuridad.

Es divina
esta impresión,
que me llena
de claridad,
calma y armonía,
con augurios de bienes incorpóreos.

Una paz inmaculada
vaga mesuradamente:
es la imagen de la hermosura,
que nos habla en el silencio.

El espectáculo de la naturaleza
se detiene en este instante,
consagrado por los dioses
con un beso intangible.

Mana aquí la vida,

mana la sensibilidad
como arroyo ligero
en la ladera,
como corazón
nacido del deshielo;
discurre el pensar
hacia lo que es libre,
y grande,
y puro,
pues en fluir estriba su esencia.

*

Todo resplandece.

Tanta simetría
proyecta el alma a un paraíso inviolado.

He aquí la primera piedra,
he aquí el primer intento del hombre
por subir a los cielos.

Fusión armoniosa de azul y amarillo
que araña lentamente las alturas,
he aquí la escalera
que conecta con los dioses.

¿No veis las almas
ascender a su destino,
y el destino descender
al reino del flujo creador?

¿Cuántas porciones del firmamento
no cabrían en tu copa,
hecha de audacia y misterio?

¿Cuánta luz no absorberías,
receptáculo enclavado
en las profundidades del cosmos?

Tu grandeza es tan pura,
tu simplicidad tan sublime,
que debo cubrir la mirada
para soportar tu don.

Eres elegancia que brilla
en el silencio del desierto egipcio.

Bella y melancólica es tu imagen.
En ti posa su espíritu
la majestad perenne,
erigida por el ingenio humano
para unir los mundos
y vencer al tiempo.

Cuando el Sol se ponga sobre ti,
cuando la noche conquiste
la orilla occidental,
evocaré tu perfección
y amaré aún más

la sagrada luz del día.

Entonces pensaré en ti,
canto de vida
congelado en piedra,
lágrima de un dios liberado,
y el sueño de Imhotep
me elevará,
con las alas de Horus,
sobre la faz del universo,
hasta el reino de la blancura eterna.

*

¿No fueron tus lágrimas
las que forjaron al hombre?

¿No fue tu llanto
el que nutrió nuestras almas
con la savia de la vida?

Lloraste a orillas del Nilo,
bajo el gran astro
que domina el cielo,
y que en la noche lucha
contra las fuerzas oscuras.

Pero tu llanto fue de alegría.
Tu dolor brotó
de un amor puro
y de una pasión eterna.

Eres bella
porque eres creadora;
eres bella
porque eres benéfica
para los mortales.

Hija de Ra,
hija de la fuente
del ser y de la vida,
ilumina el corazón
cuando la tristeza
lo hunde en los abismos.

Rescata a tus vástagos
del imperio de la noche,
tú que brillas sobre las dos tierras,
tú que resplandeces
sobre el orden y el caos.

La alegría es la hermosura
de un alma reconciliada.

Que el aliento sagrado
de un gozo inextinguible
eleve a la humanidad.

Que la naturaleza y el espíritu
al fin se abracen
en el hogar de la alegría.

Que la bondad y el deleite
triunfen sobre el odio
y el desánimo,
para conducirnos sin cesar
a reinos desconocidos.

*

Ruinas,
tristes ruinas
que en mí evocáis
nostalgia y anhelo.

Sea este canto
un homenaje a vuestra grandeza.

Fuisteis aún más hermosas
de lo que ahora parecéis,
pero el halo de la belleza
no os ha abandonado:
todavía bendice
con su santa luz
vuestra solemne figura.

Estuvisteis consagradas
a las imágenes más nobles
y puras
que alumbra la humanidad.

Ya no respondéis
a ninguna llamada.
El eco de todas las voces
resuena en vuestro vacío,
como ocaso que clausura
el resplandeciente día.

Vuestro río era caudaloso;
hoy el agua
que en un tiempo abasteció
altos ideales
desemboca lentamente
en océanos de lágrimas.

Y ahí,
alzadas sobre la tierra,
subyugadas por el fluir impasible
del dios tiempo,
reflejáis
el cálido suspiro de una edad
que ha de marchitarse
como flor madura.

Vuestra fuerza no se ha apagado.

Lo bello no perece
mientras exista el corazón

y arda la llama del deseo;
la sabiduría seguirá elevando
el espíritu del hombre
al cielo que merece,
y el amor,
el dulce amor que brota
de las fuentes más humanas,
nos fundirá con el alma eterna
de los dioses
mediante lazos dorados
y promesas infinitas.

No dejaré de soñar
con una belleza perenne,
llena de vida y audacia.

No dejaré de venerar
el sol incesante
que hoy también inspire
a quienes buscan crear,
porque aman lo humano.

*

Azul celeste,
ungido en crisálidas de hermosura,
preludio del verde de la vida,
trono invisible sobre las aguas del deseo.

Luz que deslumbra mi rostro,
dulzura que embelesa mis sentidos,
tesoro que reclama mis anhelos.

¿No suspendes tú el flujo?
¿No me haces penetrar
en el misterio del instante,
para así continuar,
avanzar,
seguir sin miedo,
destino y responsabilidad
de un ser consciente?

Eres ensueño forjado por los dioses,
desvelo de quienes dan forma a la armonía
y elevan el encanto.

El rostro de tus evocaciones
declama una belleza imperecedera;
destello iridiscente de palabras perdidas,
reflejo de aspiraciones remotas
en las oscuras sendas de toda historia humana;
fragmento de revelación inagotable
que me invita a existir
sin temor ni fatiga,

sumergido en el seno transparente
de su verdad y su hondura.

Mihrab eterno del corazón humano,
fulgor que nace de lo profundo
para orientar nuestra alma
por el camino incierto.

Y yo quiero existir
como si no hubiera sombra,
o como si toda sombra
hubiera cedido ante la luz,
ante la poderosa y noble luz
de quien busca ser
claridad para cuantos sufren.

*

Déjame surcar
todas las cumbres de la tierra
abrazado al ala de tu amor.

Y cuando tu suave fluir
por la inmensidad del mundo
sosiegue las tensiones de mi mente,
háblame de la belleza,
háblame de la sabiduría,
háblame de un amor verdadero
en el país de los hombres.

Hazme ver
lo que sólo el alma entiende,
lo que sólo un amor incondicionado
puede contemplar
en la morada de la vida.

*

Amanecer.
Soñar.
Sentir
una luz viva que susurra
en el corazón.

Belleza radiante,
inspiradora
de anhelo
y fervor
en quien sabe
apreciar lo valioso.

Beso melancólico
que se hunde
en lo profundo,
y nos bendice
con amagos de certeza.

Rayos que evocan
salvación,
flujo de vida
en la oscuridad
de todos los mundos.

Chorro límpido
que nos sana
y eleva.

¿De qué sirven
todas las riquezas,
todos los honores,
todos los recuerdos,
si no sabemos contemplar
tanta hermosura libre
a nuestro alrededor,
tanta verdad pura?

Acompáñame.

Explora conmigo
una puerta que se abre
ante almas deseosas;
una puerta a lo eterno,
una senda a lo desconocido.

*

Inmune al resplandor,
la nostalgia consume
el vigor de mi alma.

Sin luz,
sin consuelo,
encerrada
en su propia cárcel;
sin futuro,
aherrojada
por cadenas invisibles,
el dolor de lo ausente
vaga como sustancia informe.

¿Cuándo me acariciará
el rayo de la esperanza,
a mí,
que navego
entre vacíos?

*

Como un suspiro
pasamos por este mundo.

En silencio caemos
por la existencia,
y nos deslizamos hacia lo desconocido.

Con el ala del espíritu
creemos surcar
infinitud de universos,
pero todas nuestras obras son fugaces,
y todo poder es vano.

Cuando se apague
el fulgor efímero del hombre,
¿llorarán los dioses en lo alto
nuestra ausencia?
¿Qué nuevo ser llenará la tierra
de cantos y lágrimas?

Lo que creamos
es un destello,
una luz transitoria;
es nieve derretida
ante el misterio.

Sólo la verdad permanece,
la eterna voz de lo que ha sido
y descansa en la memoria.

*

¿Qué hay más allá de la luz y de la oscuridad?

¿Qué hay más allá de lo abisal y de lo excelso?

¿Adónde volaría un espíritu que remontase
hasta la más alta cima del entendimiento
o se precipitase sin pavor
a las fosas infinitas
de lo que no comprendemos?

Por mucho que ascienda,
siempre emerge una cumbre mayor,
y por mucho que descienda,
mi ser se pierde
en profundidades que lo desbordan.

Y aunque aprendiera a venerar
toda la hermosura de la tierra,
siempre resplandecería un firmamento superior
al que desearía escalar mi alma
con avidez inconsolable.

Siempre podría sentir más
y conocer más.
Una desmesura irredenta me observa
desde nubes invisibles.

Bajo hasta simas olvidadas,
salto al desfiladero que me aterra,
caigo por el etéreo espacio,
pero mis pies no tocan suelo
y mis ojos no ven final,
suspendidos en la hondura de lo ilimitado,
en la inescrutabilidad de un vacío perenne.

Mi voluntad se desvive
por coronar cimas insondables,
reflejo crispado de soles desvanecidos,
pero en cuanto acaricia destellos
de la claridad que anhela
intuye una esfera aún más límpida,
más gloriosa,
más divina e inexpugnable.

En cuanto me sumerjo
en el fondo de mis aspiraciones,
el lecho marino se derrumba;

todo un mundo se hunde
y aparece uno nuevo,
más vasto y diáfano,
cuyos ecos me conmueven.

Vislumbro un confín indefinido,
un horizonte inextinguible
en todas las sendas de la vida.

Camino hacia lo inalcanzable.
No importa qué desee,
qué piense,
qué ame,
qué conciba,
todo se dilata y contrae al unísono
en una abundancia de sombras indescifradas.

Todo se vuelve infinito
en lo grande y en lo pequeño;
todo se aleja de mi mano
y humilla mi vigor,
pero al hacerlo me transforma,
me revela lo que soy
y lo que puedo ser,
como hijo de lo inmenso.

Todo me supera en este mundo.
Todo es ocaso y aurora en la mente de quien busca,
oscuro hilo que perfora la noche
hasta inaugurar el nuevo día,
el corazón de la nueva esperanza.

Porque en todo palpita la fuerza de lo posible,
de un *más* que se extiende
por lo alto y lo profundo
como inefable exceso,
como rayo alado que todo lo surca
y todo lo ensalza.

Veo una tempestad desatada
en el océano del ser.

Este sol eterno que persigo
se difumina con sólo contemplarlo,
para inspirarme a buscar aún más.

Es sublime,
es indómito.

Su resplandor exalta mi espíritu.

Me abre a un mundo infinito y libre,
a un destino luminoso y creador.

En todo brilla un misterio escondido,
siempre más grande y profundo
que las potencias del alma humana.

Un reino inagotable nos aguarda
en cada porción de este universo.

Es el hechizo del alma,
infinito encarnado en hermosa finitud.
Pues ese *más* que me sobrecoge,
que me atrapa
con dulzura,
es la propia mente,
espejo infatigable
que suspira por reflejar
la totalidad de los mundos;
cosmos que se habla a sí mismo
con la voz más bella y pura.

Podría dispersarme por remotas galaxias
y sucumbir a lo infinito,
pero siempre me reencontraría
en el hogar de la conciencia,
íntimo y recóndito,
cercano e ignoto
como el fundamento de mi yo,
que es inasible.

Me temo,
me rehúyo,
porque jamás lograría abarcar
lo que yo mismo represento,
la vastedad de un sueño incumplido.

Mi propia sombra me estremece;
navega enlutada entre misterios.

Me enfrento a una lucha titánica
entre mi conciencia y la grandeza del mundo,
entre lo que soy y lo que me envuelve,
entre mi fragilidad y la pujanza desbocada
que me contiene
y zarandea
por rutas inhóspitas.

Anhelo comprender,
y sentir

la pulsión radiante,
pero cuanto más me esfuerzo en conquistar,
en dar forma a mi creación,
más pesa sobre mí
el halo inexorable de la derrota,
el infinito que siempre se sobrepone
a lo que mi espíritu abraza
en el crepúsculo de sus ilusiones.

No ceso de batirme en duelo
con lo que me trasciende,
con lo que me traspasa,
con lo que me anega
mediante su fuerza intempestiva,
pero nuevos confines exhalan sobre mí
su fuego admonitorio.

Hay todo un mundo en mí que no conozco,
y que nunca podría descubrir.

Un abismo oculto o un cielo inexplorado
mora en mis entrañas,
un corazón que es alma y fuego,
fuente de ansias infinitas
que no se desvanecen,
matriz de ideas que me sobrepasan.

Lanzado a lo inconmensurable,
un grito de amor expresa
mi dolorosa sed de sentido.

Si todo será en vano,
si mis lágrimas se diluirán
en la infinitud del mundo,
sólo el amor y la belleza
pueden saciar mi alma
en esta búsqueda sin término.

Saber que no llegaré a la meta,
que claudicaré ante lo infinito,
me exhorta a esculpir
mi propio destino,
el destino de un ser libre,
capaz de conocer, amar y crear.

*

No quiero liberarme
de este frenesí creador
que me empuja
a soñar con lo imposible.

Pues es dulce y gozoso
elevarse con sus alas,
sentir el sagrado impulso
que nos mueve a desear,
y a abrir nuestro destino
con el soplo del anhelo.

Es bello buscar,
y bueno,
y santo;
es hermoso suspirar
por trascender lo que existe,
por superar lo dado,
por crear una aurora pura
con ardor divino,
perdiéndonos en cielos inagotables.

*

¡Oh espíritu!,
¿cuándo entenderé
la raíz más profunda de tu fuerza?

¿Cuándo escrutaré
los manantiales infinitos
de tu misterio,
la fuente divina
de la que brota tu poder?

Me bendices con tu luz,
serena y clara.

Brillas donde menos lo espero,
y cuando cae la noche
tu llama enardece
la débil voluntad.

En lo alto y en lo bajo
iluminas una tierra oscura.

Todo lo que veo hermoso
nace de tu hechizo;
son tus labios invisibles
los que llenan de encanto
el espacio de la imaginación.

Ninguna belleza existiría
sin tu soplo de fervor,
que vaga por el ancho mundo
inspirando transparencia,
creación y vida
en quien sabe apreciarlo.

La mente se reconoce
en lo que tú reflejas.

Sin ti,
el mundo no sería nada,
tan sólo materia hueca
y silencio eterno.

*

Nada de lo que percibo
me revela la plenitud.

Siento que aun si conociera
todos los mundos
siempre me faltaría algo
por vivir y por entender.

Busco incansablemente
la voz de la salvación,
pero nada encuentro
que sacie mi voluntad;
sólo fragores inhóspitos
que me aturden
con palabras vanas,
murmullos que me alejan de la paz.

Todo aquello
a lo que aspira mi corazón
es un flujo incesante
y turbulento,
un gozo recóndito
que nunca adquiere forma.

Todo es fugaz.
Todo me desconcierta.

Persigo una silueta
que siempre escapa,
inmisericorde y huidiza
cual mariposa evanescente.

Sólo el silencio y la sombra
me acompañan
en este extraño viaje
por los enigmas del mundo.

Ardua e incierta
es la senda de la vida.
Demasiadas curvas
aguardan al caminante.

Sólo el amor corona nuestros esfuerzos
y conquista nuestra esperanza.

Verde y floreciente es el amor,
con su promesa de vida,

delicia dorada del espíritu,
espiga que presagia
la fecundidad de un don eterno.

Sólo su luz nos alumbra
en la noche del existir,
como aurora que invita a renacer.

Sea real o ficticia,
cuando su mano nos toca
dulcemente
y su soplo nos eleva,
un poder noble y benévolo
encumbra al ser humano,
hasta acariciar sin temor
los dominios del éxtasis.

Sobrecogido por la visión
de lo que es puro y sagrado,
de lo que es permanente y limpio,
entonces sientes,
en lo profundo del corazón
de un hombre convertido en todos los hombres,
que las incontables esferas del universo
te contemplan sólo a ti,
y que el vasto cosmos
que nos impulsa
de un misterio a otro
te llama por tu nombre,
con los ojos insondables de la providencia.

Entonces soles, lunas y cometas
giran en torno a tu alma,
ahora poseída por fuerzas infinitas.

Entonces brilla una claridad única,
y ascienden las alas del espíritu
a la belleza de un gran cielo,
allí donde nada perece.

Entonces triunfa la humanidad
sobre la nada,
y resplandece la vida
frente al vacío.

Entonces se abren las puertas
de una sabiduría perenne.

Entonces los divinos labios
cantan la verdad del amor,

la más hermosa de las luces
que irradia el ser.

Entonces lo oculto
se hace conocido,
y el significado, manifiesto.

*

El rocío cubre el mundo en la mañana.

La lluvia ha bendecido el jardín
en las enmudecidas horas de la noche.

Esta sustancia
es una ternura que vaga
suavemente,
como deseosa de inspirar
a quien sucumbe a su hechizo.

Tanta frescura inesperada
me invita a soñar;
el amor a la vida
se nutre de la belleza,
ofrenda para los sentidos.

¿Para qué esta manifestación
de elegancia y dulzura?

Todo este esfuerzo,
todos estos anhelos divinos,
todas estas contemplaciones
de lo incondicionado,
sólo sirven
para internarme en la tierra,
tejida de silencio,
para hundirme en lo informe
y retornar
al humus sagrado del que procedo.

Si toda existencia
camina hacia el abismo,
si todo lo que es
desembocará en la nada,
si la muerte es el destino de la vida,
yo no quiero seguir.

Tan sólo quiero admirar
toda la hermosura de la tierra;
tan sólo quiero llenar mi espíritu
con la fragancia del amor,
el don más puro que los dioses
brindan a la humanidad,
esclava de la inquietud.

Pero no me obligues a continuar
hacia la morada oscura,

donde lo que antes brillaba
se ahoga en el vacío.

Soy hijo de la vida,
no de la muerte.

No siembres en mi corazón
una nostalgia tan profunda
por lo que jamás regresará.

Entronízame en mi presente eterno,
allí donde la luz de la vida
nunca abandonaría a los hombres.

Hazme respirar
la brisa de ese espíritu
que no se consume
en el ocaso,
en el imperio del olvido.

Enséñame a crear
lo que no muere,
lo que sólo vive,
lo que ama sin límites
y conoce sin temor.

Ilumina mi alma
con el sol que siempre resplandece,
con el amanecer que no cesa.

Pues quiero conocer
verdades imperecederas.

Sólo así sanaré mi soledad,
y marcharé por las sendas del existir
como un alma libre,
embriagada por el aroma de la tierra,
ansiosa de crear
lo que nos justifique ante lo eterno.

Cuando mis ideales recompongan
este mosaico roto que es la aventura humana,
entonces podré decir
que nada ha sido en vano;
entonces pronunciaré
las palabras más sinceras;
entonces sonreirán los cielos
con promesas de vida y luz
al ávido corazón.

*

Si la Verdad viniera al mundo,
no podríamos soportarla.

Nos cegaría con su luz.

No la comprenderíamos.

Debemos descubrirla solos,
tras un lento y arduo camino
que nos aboca al perpetuo mañana,
a la vida incierta
de un existir libre.

Como hijos de la finitud,
debemos crearla,
para que brille el sentido.

*

Para crear un mundo
fúlgido y bello
como el disco solar,
que cada día vivifica
la faz de la tierra
con sus rayos,
un mundo hermoso
como el atardecer sobre Tebas,
preludio del paraíso,
¿qué único pensamiento bastaría?

¿Qué sola palabra
nacida de la inteligencia eterna
insuflaría espíritu y furor
a la nada incommovible?

¿Qué aliento divino
llenaría de vida
lo que ahora es sueño?

*

También hoy canta el universo
con palabras sublimes;
también hoy brilla la luz
de una belleza inmortal;
también hoy vuelan deseos
alumbrados en la noche.

Soñemos también hoy
con horizontes infinitos,
triunfantes
sobre los sordos poderes
de este cosmos.

Mira a lo alto
y sondea en lo profundo:
en todo vislumbrarás
el rostro de lo desconocido,
el eterno mensaje
de un espacio siempre nuevo,
para que salves con tu búsqueda
el vacío del mundo,
y ningún paisaje del espíritu
se apague definitivamente.

*

La Naturaleza,
rostro visible
del dios invisible,
lazo inquebrantable
que todo lo une con todo
en la común morada,
tejida de caos y orden.

Milagro que capta
la tensión originaria;
infinito de formas
que se agitan sin cesar
y al unísono descansan
en el hogar de la armonía.

Necesidad y Destino

que todo lo cubre
con su manto universal,
con el haz de su misterio.

Ojalá aprenda a sumergirme
en tu manantial santo,
regazo creador
del que nace savia viva,
pues quiero saber
de qué es capaz
un ser que siente,
un ser que sufre
porque vive,
arrojado al silencio
y a la hondura
del destino
que es también principio;
alma que navega
por vacíos insondables,
sin nunca descubrir
aquello que busca.

*

¿Soy pequeño,
soy grande?

¿Soy escasez,
soy abundancia?

¿Soy impotencia,
soy poder?

¿Soy hombre,
soy dios?

Pequeño,
¿con respecto a qué?

¿Qué son millones de años,
qué son millones de cuerpos,
qué son millones de mundos
ante lo posible,
infinito de infinitos?

¿Cuántos quarks,
cuántos electrones,
cuántos átomos,
cuántas moléculas,
cuántas incógnitas,
cuántas reverberaciones
de un misterio infinito,
cuántas posibilidades
habitan en mí?

Mundos enteros
viven en mi conciencia,
portal de lo ilimitado.

Un horizonte inextinguible
emerge, borroso,
ante mi espíritu.

Soy dueño
de esferas que no conozco.

Soy un universo
que da gloria a este universo.

En mí se reconcilian
dioses y hombres;

en mí se diviniza lo humano
y se humaniza lo divino.

Tanta admiración
como yo siento
por la grandeza del cosmos
enardecería también
el alma de esos entes minúsculos
que arman mi cuerpo.

Todo lo que venero de las alturas
palpita también en lo profundo.

Quizá esos seres
que yo albergo
me contemplan sobrecogidos,
al igual que yo alabo
la hermosura de los cielos.

¿Qué soy, después de todo,
sino un apasionado del saber,
de la belleza y de la creatividad humana?

Y yo,
deseo viviente proyectado a lo inagotable,
jamás me resignaré
a que nuestra especie no tenga remedio.

Pues si algo soy,
es creyente en lo humano.

*

Cuando eran infinitos los sueños
que vagaban por mi corazón,
todo reflejaba
claridad y milagro.

El dios interior
adquiría un rostro,
y sus lágrimas me consolaban,
irrigando las profundidades del alma
con la dulce esperanza de un amor verdadero.

Todo el cosmos brillaba
con la pulcra luz
de un hechizo divino,
y a lomos de un león celeste
contemplaba yo el mundo.

Desde hondas gargantas
silbaba el viento,
eco inmortal
que inspira al hombre.

Junto a hermosas águilas
que oteaban vastedades
volaba el ala de mi espíritu,
desnuda y desafiante
sobre la montaña y el fuego.

Percibía la llamada de lo recóndito
en ese espacio sagrado,
regido por la belleza.

Rebosaba de confianza
en lo inescrutable,
y de una fuente
oculta en la naturaleza de las cosas
brotaba lo inextinguible,
cual alegre primavera
llena de ansia y futuro.

La posibilidad se entronizaba
como dueña y señora del ser,
y ningún crepúsculo borraba
los vestigios de mi anhelo.

El sol de la aurora
difundía sus rayos como una buena nueva,
como claridad que salva el alma,
y toda una exuberancia
se esparcía libre
por los senderos del mundo.

El rumor del agua
murmuraba con sutileza
y comunicaba
sus dones fugitivos.

Enamorado de mi búsqueda,
todo conspiraba para crear
aquello que me colmaba,
aquello que saciaba
mi ardiente sed.

La bella y poderosa vida
me elevaba sobre todos los destierros,
y en la distancia
sólo vislumbraba
un bien luminoso,
cuyo resplandor diluía
las sombras de la incertidumbre.

La naturaleza se revelaba
como espíritu,
y el espíritu se fundía
con la naturaleza,
convertida en cirio santo.

El supremo ideal
reverberaba como un iris,
imagen emanada de lo ausente.

De un paraíso a otro,
como semilla zarandeada
por un aire benévolo,
viajaba mi voluntad,

feliz en su peregrinaje
por lo ignoto.

Era el destello de lo eterno
e infinito
en la contingencia
del mundo.

Era el mundo verdadero,
que buscaba hablar
con un lenguaje puro.

Era la voz de lo inabarcable,
que me reconciliaba
con todos los ocasos.

¡Oh miradas escondidas
que observáis nuestro afán!

Que los sauces también hoy besen
la calma de las aguas,
dulce y límpida
como las ofrendas primordiales.

Que el azul del cielo
infunda amor y trascendencia.

Que una fuerza secreta
fecunde tierras baldías.

Que todo alabe la gloria
de un orden que nos precede.

Que todo me devuelva
al hogar bienaventurado,
allí donde florece la fantasía,
la audaz pulsión
que no se conforma
con el rigor del mundo.

Que todo me traslade
allí donde canta
el hermoso regalo
de un dios triunfante
sobre la oscuridad,
para mostrarnos la senda
hacia el destino,
hacia un destino creador,
hacia el dios que merecemos.

Que en esos jardines
cultive el hombre
un tiempo nuevo,
y con la luz de un amor desconocido
se nutran las plantas
y se orienten los animales
hacia la meta universal,
hacia la sede del espíritu.

*

Llévame a ese jardín divino,
de suaves fragancias
y frescas sombras,
donde la hermosura es serena
y todo rebosa de armonía.

Enséñame a admirar
la grandeza verdadera,
sencilla y radiante
como el esplendor del cielo.

Hazme vislumbrar
un tesoro de fines últimos,
dorado y reluciente
como la aurora.

Ayúdame a contemplar
la luz de cada día
como un don inusitado,
como una flor recién cortada,
para que albas y crepúsculos presagien
una gloria siempre nueva.

Llena mi alma
de sensibilidad y entusiasmo,
pues quiero descifrar ya hoy
el sutil lenguaje
de lo eterno y escondido,
que sólo se manifiesta
en el hechizo de un pensar libre,
cuando aspiramos a trascender
lo que hoy nos encadena.

Eleva el ala de mi corazón
al reino de la belleza pura.

*

El amor resuelve
el misterio de la vida.

Es la luz que alumbra
esta tierra oscura.

Es el nombre de la felicidad
por la que todos suspiran.

Es el resplandor
de lo que admiramos
y no entendemos,
ardiente y cegador,
chorro de claridad inusitada.

Su voz es dulce
y sus alas son suaves.

Cuando surca el cielo,
infunde paz en el espacio
y deja estelas inmortales.

Porque el amor,
como el saber,
es un fin en sí mismo.

Sin su don,
icono luminoso de un alma esperanzada,
este bello misterio que es el mundo
parece una suma de vacíos infinitos,
despojados de razón y forma.

Sin amor,
la vida es el mayor de los sinsentidos,

un destello inútil de belleza
en los dominios de la nada;
el aullido de lo imposible
ahogado por los ecos del absurdo.

El amor es la esencia del destino,
la sustancia de un existir libre,
el horizonte de un ser que busca.

El amor arrebató fulgores
a ese todo inescrutable
que es el universo,
para crear un nuevo todo
bajo el rostro incandescente del espíritu.

El amor es el puerto
al que todas las naves sinceras
han de arribar
tras la ardua travesía.

El amor es la belleza
de una vida reconciliada
con esta totalidad que nos abrumba.

*

He decidido pensar en lo que no tiene término.

Abrir mi mente a lo inagotable.

No temer la ausencia de límite.

Hundirme en el sueño
de una naturaleza infinita.

Mirar cara a cara a lo inabarcable.

Desprenderme de mi sujeción
al orden y a la finitud.

Buscar la armonía
en lo que carece de fronteras.

Desbordar la perfección
en el flujo libre
que jamás se apaga.

Convertir la esfera en línea,
el cierre en progreso,
la clausura en inmensidad.

Descubrir lo infinito
que late en todo,
la totalidad libre y creadora,
la posibilidad que supera
cualquier acotación dada.

Amar la imaginación
para expandir la razón
e inspirar el futuro.

Ser libre,
libre en lo que no conoce
más límite que su propia libertad.

Pues en ese instante sublime,
en esa crisálida de fuego y grandeza,

allí donde la intuición siente
el verdadero poder
y el entendimiento topa con lo inefable,
¿no cabalga el espíritu
sobre las olas del inmenso mar
a lomos de briosos corceles?

¿No divisan sus ojos
los dorados castillos
que destellan en lo profundo?

¿No lo acompañan dulces nereidas,
cuyas almas revelan
cuanto de amable y hermoso
hay en ese reino de flujos incesantes?

*

Alegre es el canto de quien se entrega
a contemplar armonía y hermosura bajo el cielo.

Aunque eleve la mirada lánguida
a ese fondo cósmico
que todo lo absorbe,
agujero voraz y oscuro
que amenaza sin cesar
los reinos de la claridad y el gozo,
aunque su imaginación parezca hundirse
en la soledad de la noche,
y aunque el silencio y la inmensidad
lo llenen de angustia,
sabe que en su interior
brilla siempre una luz escondida,
una fuerza que no se extingue,
íntima y resonante
como el resplandeciente rayo
de una nueva aurora
que emerge sobre tierras baldías,
saciada de dones puros
y triunfante sobre todos los abismos.

Su voluntad franquea las cimas olvidadas
tras el estrecho sendero,
y, purificada por la bondad,
dulcificada por un verbo nuevo
y por el aroma de rosas recién cortadas,
su alma irriga los dominios del mundo
y las extensiones del crepúsculo
con aguas lustrales,
con aguas frescas y vivas,
tan llenas de poder y amor
que su haz de misericordia
disuelve las duras corazas
con el agudo rayo
de quien comprende
antes de juzgar,
con el rostro rejuvenecido
de un mismo ser
que se consagra al tiempo y al espíritu
desde el altar de la esperanza.

*

Si no sabes qué es la vida,
ni qué es la muerte,
ni qué es el sentido,
sólo sabes que buscar
es vivir,
y morir,
y engendrar sentido
en las soledades del mundo.

Buscar es crear,
y crear es abrir
un reino posible,
para inaugurar un nuevo infinito,
en el ocaso de la tristeza.

Es la ductilidad de un alma libre.

*

Moldea tu alma
con esfuerzo y pasión;
hazte digno de la belleza,
hazte digno de la verdad,
hazte digno de ser hombre,
para ser más de lo que eres.

Somos grandes
cuando nuestra alma es grande.

Somos grandes
cuando buscamos amor,
sabiduría y belleza.

Somos grandes
cuando buscamos el conocimiento,
que nos hace libres,
para entender el mundo
y aspirar a mejorarlo.

En el interior de un espíritu noble
habita un infinito,
digno de Dios,
el rayo incesante
que brota de lo eterno.

*

Amable y acogedora
como brisa en primavera
es esta forma que me bendice
con su pulsión de armonía.

Cuando la angustia nos persigue
por las vías tenebrosas del ego,
inhalar hermosura
es un bálsamo inmerecido.

Una nueva aurora fluye
por las entrañas de la vida,
pues la inmortalidad de la belleza
redime la finitud humana.

Sus destellos de sentido
dulcifican la existencia.

Son los rayos de lo perdurable,
que nos inundan
de luz y sosiego
en el misterio de un vivir
deshojado por anhelos fugaces.

Sentirnos libres
ante lo libre,
respirar la delicada fragancia
de un don
que nos abre
a territorios vastos y profundos,
es el camino a la felicidad.

Admirar lo bello
nos introduce

en la preciada senda hacia lo bueno,
y nos agracia con la paz
que mana de la conciencia.

Una misma fuente de virtud
nutre la sensibilidad
e ilumina el entendimiento;
sus palabras silenciosas
nos invitan
a construir un mundo
con el arte universal,
con el soplo creador
de quien busca la verdad
y sabe amar lo nuevo.

*

¿Qué ojos nos observan
desde la terrible lejanía
de lo que nunca entenderemos?

¿Qué hay más allá
de todo lo que percibimos?

¿Cuándo coronaremos
esa cumbre luminosa
que nos revele la verdad plena?

Convéncete,
humano,
de que ese nombre
cuyo misterio buscas
sólo existe en tu silencio.

Todo, vacío, sentido, dios...

Llámalo como quieras,
o no lo llames con la palabra,
sino con el pensamiento
que no cede a la palabra.

Llámalo con el silencio,
porque antes de la palabra
el universo fue silencio,
y en el silencio se forjó
la verdad que hoy persigues,
inmensa y dorada,
emblema celestial de luz y vida.

Lo más bello no se llama:
se contempla,

pues vive en el silencio,
crece en el silencio
y en su misterio se reproduce,
en el límite de lo indefinido.

Vaga libremente,
como profundo flujo creador,
y en su espacio infinito
alumbra el todo
con la luz insondable de sus evocaciones.

*

Como una montaña sagrada,
la imaginación esconde sus tesoros
en la cima,
ciudad de los dioses,
misterio que ilumina el mundo.

Y yo quiero escalar
a esa cúspide infinita,
porque anhelo lo infinito,
deseo ser infinito
como la divinidad,
eterno y libre
como el fundamento.

¡Oh poderoso,
oh sublime,
oh resplandeciente emblema
de un ser nuevo,
hogar posible para el espíritu!

*

Si te fascina

la diversidad de la cultura humana,
la riqueza inagotable de nuestro espíritu,
el manantial inexhausto que nace
de la imaginación y la necesidad;
si quieres que bebamos juntos
el vino universal de la belleza;
si ansías bañarte
en las frescas aguas de la creatividad,
para mirar con ojos siempre nuevos
al vasto y colorido mundo,
entonces buscas el mayor de los tesoros,
entonces quieres encontrar
el sentido de lo múltiple,
entonces quieres un alma
más allá de las diferencias:
entonces anhelas que lo humano
resplandezca en infinitas expresiones.

No temas la pluralidad:

busca la unidad que subyace
a sus manifestaciones,
la luz que brilla
entre la aurora y el ocaso,
en el proyecto inacabado
hacia lo que somos
y podemos ser.

*

Cuando vi los acantilados
que dividen el mundo,
cuando me asomé
a la verdadera hondura
que todo lo flanquea,
sentí pánico.

Muda e inmóvil,
la imagen implacable del abismo
emergió ante mi conciencia,
y capturó mi voluntad.

La sombra de lo que no comprendo
pareció arrojarme
a salvajes destinos.

Temí caer en una nada infinita
que no me llevase a ningún término.

Temí que cesaran
las bellas corrientes de la naturaleza,
y que el pulso de la vida
cediera al imperio del vacío.

Temí diluirme
en lo que no tiene fin,
sacudido eternamente
por lo que no entiendo.

Pero caer en lo innombrable,
en el límite que marca
la frontera con la ausencia,
no es descender
ni ascender
a la meta anhelada.

No es sucumbir
ante oscuridades sobrecogedoras.

En el ciclo inagotable,
todo se convierte en todo.
Todo se renueva.
Todo late con vigores desconocidos.

Aparecer y desaparecer
sobre la faz de este mundo
es retirarse o regresar

a otros mundos,
a otras presencias
inadvertidas para el alma.

Pues la finitud del espíritu
es una copa frágil,
un cáliz tembloroso.

Sólo el espíritu infinito
puede recoger el todo,
el sediento todo,
que siempre busca expandirse.

Sólo un espíritu tan noble,
tan excelso,
tan confiado de sí mismo,
puede amar lo que no es.

Sólo él puede reconciliar
presencias y ausencias
en el destino eterno.

*

Bajo los jardines azules del cielo
sueñan mis ojos con la belleza pura,
con la vida que da vida,
mientras cantan mis labios al son de su esperanza.

La belleza es un beso inmortal
que echa raíces en el alma,
impulsándonos al reino de lo posible,
cuya luz es parte del reino de la vida.

La belleza es una patria
donde puede reposar el espíritu,
ansioso de la caricia de los dioses.

Como un sol que dispersa las nubes
con su fulgor y su gloria,
como escarcha derretida
que deja paso a un verdor oculto,
lleno de fuerza creadora,
así es el soplo de la belleza
sobre un alma que es también corazón.

*

En las inmensidades de tu aurora
me saludan todos los deseos.

Una infinitud de fuerzas que no conozco
golpea mi espíritu
y enciende la llama oculta y bondadosa,
cuyo fuego creí perdido para siempre.

Es la voz de la totalidad
que reclama mi entero ser.

Un soplo libre e insondable
que acongoja potencias adormecidas
y aviva anhelos insumisos.

¿Qué es el hombre ante lo que no comprende?

¿Qué son los ojos ante la luz más pura,
ante el amanecer que abre un mundo
de posibilidades sin término,
de mares sin orillas?

¿Qué es el alma ante el universo?

Los labios sirven a la mente,
que es incapaz de recoger tanta grandeza,
tanta claridad,
tanta efusión de futuro.

Pero yo sueño con un labio libre,
con un labio que no tema su verdad,
la verdad de un corazón reconciliado
con lo que no entiende.

Sueño con esa palabra creadora
de su propio horizonte,
oasis sagrado, pulsión divina,
imagen luminosa de lo eterno,
tan bella y desbordante
que destile mi presente y mi destino,
ávidos de significado;
una palabra tan viva
que iluminaría rostros
tan tristes como la nada,
tan desgarrados como el vacío;
una palabra de la que emergiera
la luz inmortal del sentido.

Sueño con un arte que vierta toda aurora
en la copa santa del espíritu,
como anticipo de posibilidades y ansias
que ni siquiera concebimos
bajo este sol inacabado,
bajo este profundo misterio
que nos envuelve y zarandea
por espacios infinitos.

Entonces la ciencia caminará
por la misma senda que el arte;
dos alas para una sola alma,
dos mundos integrados
en el templo universal
de quien busca entender para crear,
y crear para entender.

Dos mundos que desembocan
en el único mundo,
en el fundamento
que calmaría nuestra sed de sentido:
un mundo de saber y hermosura,
un mundo de luz inagotable.

*

Ya he cantado a lo que no conozco.

Ya he destilado mi amor por el misterio.

Ya he contemplado
la delicada metamorfosis de una gran idea.

Ahora sólo me queda esperar
a que mis sueños se inflamen
con el beso del crepúsculo,
pues en la oscuridad nace tanta inspiración
como en los dominios de la luz.

Con los deleitosos colores del ocaso
me muestras el camino a la verdad,
sutil y suave,
senda hacia una claridad libre.

Me instas a entregarme al alma creadora,
a hundirme en mí mismo
para tomar conciencia de quién soy
y de quién puedo ser,
y saltar después a lo externo,
internarme en un devenir que me supera
y proyectarme a un desafío mayor
que todas las profundidades de mi espíritu.

Luminoso u oscuro,
yo quiero integrarlo todo con todo;
sediento estoy de lo universal,
y de entender la raíz de la que todo brota
en este extraño mundo
tejido de necesidad.

¿Cuántas auroras existen en el cosmos?

¿Cuántos inicios y cuántos finales
encadenados a la faz del destino?

¿No brilla en todo
la fervorosa claridad de un comienzo eterno,
el rostro de una posibilidad,
el sagrado fulgor de un amanecer
que eleva el espíritu a cielos siempre nuevos?

No pediré a lo ignoto que me revele
la clave de la vida,

el secreto del ser
en esta corriente ciega que me arrastra
por silencios infinitos.

Bucearé en mi alma,
pues ansío penetrar sin recelo
en mi morada más íntima,
mirarme cara a cara
y beber de mi propio cáliz
en el alba de una imaginación insumisa.

Mi deseo de saber
es invitación a concebir
lo que nadie ha pensado,
el vasto e inexplorado horizonte
de lo que llama a nuestras puertas
desde la sublime lejanía del mañana.

En el reflejo ardiente de mi anhelo
palpita un amor denodado,
un rayo abierto a la vida
que busca ser más
para crear y contemplar más;
fulguraciones de fe y esperanza
en lo que aún puede ser,
porque alberga una llama encendida.

Suspirar por lo imposible
me despoja de temor,
y me acerca con paso tenaz
a la sede inagotable del significado.

En las honduras de su aurora
se diluye mi angustia;
redimidos los vagos presagios,
mi corazón se reconcilia con su búsqueda.

Todo sugiere un éxtasis divino,
inmenso como lo que no puede tomar nombre,
porque sólo es libre,
libre y puro,
universal
como la verdad y la belleza
que la conciencia humana merece.

*

Por la senda inexorable
vaga el hombre.

Todo lo que cree libre
conspira en la lejanía
con fuerzas extrañas.

El espíritu que nos alienta
es esclavo de dioses ocultos.

En vano se dirigen las almas
al destino;
en vano cantan las voces
que buscan el todo
a orillas del abismo.

Pues en el eterno vacío
sólo resuena lo necesario,
un poder primordial,
una luz insondable
que vive en el silencio.

Y amar lo necesario
es amar la creación posible,
es amar la vida,
es amar el ser,
es amar lo impensado.

*

Todos los dioses jamás concebidos
se posan en tu rostro.

En ti,
en la ardiente claridad de lo que no veo
mas siento,
cielo y eternidad conspiran
para revelarme un mundo ansiado.

En ti caben todas las perfecciones
del universo
y de la imaginación,
enaltecidas a un ensueño nuevo.

En ti hay espacio
para el infinito.

Tal es la intensidad de tu mirada,
es tan honda y penetrante
tu presencia inmaterial,
que toda un alma
parece fundirse
armoniosamente
con la mía,
multiplicando
milagrosamente
mi *yo*,
mi misterio,
mi sustancia escondida,
hasta elevar mi entero ser
con las alas
de un amor puro.

Ahora soy libre,
pues he descifrado
el enigma de la vida:
dar y recibir amor.

*

Resucitarán nuestros deseos,
renacerá el mundo,
abandonará la humanidad
el eterno silencio
y el gélido vacío.

Sí, resucitará el hombre
en las lágrimas futuras,
imagen venturosa de un pensamiento libre.

Resucitará
en cada acto
generoso y noble
que derrame
algo de luz
sobre este mundo.

Resucitaremos
en quienes sepan amar,
pues sus nombres están escritos
en el libro del ser,
sus efigies están talladas
en el pórtico de la vida.

*

Como ave que navega con presura
en busca de la fuente enaltecida,
por ti fluye el aroma de la vida
y en ti se extingue toda sed oscura.

Penetra mi fervor en tu hermosura
y vuela libre mi alma desasida
con sólo contemplar tu efigie erguida,
hechizo de pasión, luz y dulzura.

Baña hoy mi rostro con tu don sagrado,
unge mi corazón con tu belleza,
pues ya quiero abrazar tu vasta aurora.

Esparce sobre mí, fulgor velado,
destellos de tu amor y tu pureza,
pulsiones de esa fe que me devora.

*

El beso de tu alma pura
embriaga mi corazón.

Me consagra en auroras inmortales
que rompen el misterio de la noche.

Es demasiado hermoso
sentir un amor tan sincero.

La suavidad de tu boca oculta
la inmensidad de un espíritu
abierto a mí;
el ardor de tus ojos
es el reflejo
de un tesoro escondido
que ahora me otorgas,
rebotante de luz y belleza.

Un agua cristalina mana de tu mirada,
ópalo santo,
cielo de transparencia.

Es la limpidez de un iris fervoroso;
es el destello de sentido
que inunda
las profundidades de mi ser
cuando me besas,
cuando me enseñas a soñar
allí donde la imaginación flaquea
y el entendimiento languidece.

Como alba nueva
tras la larga oscuridad,
como primavera que brota
tras el duro invierno,
como palabra que sana el olvido
y eleva el silencio,
así es la luz del amor,
el eterno aroma
de un presagio enaltecido.

El amor nos riega
con frescura insondable.

Bajo su auspicio
todo es bello y claro
como el amanecer.

Lo viejo rejuvenece,
y las pálidas evocaciones
de un paraíso remoto
adquieren vida y fuerza.

Sube conmigo a las cumbres
donde habita el amor auténtico.

Contempla conmigo el paisaje
que es voz,
y rostro,
y heraldo,
y anhelo
de un amor inquebrantable.

Derrama tu fragancia
sobre este espíritu marchito
y esta boca ávida,
pues estoy sediento de amor,
de un amor que sea vida,
reverberación de vida y luz,
como un bosque que no muere
y no deja de florecer,
aun en la ausencia.

Busco una fuente que me revele
mi destino verdadero,
el secreto de mi humanidad perdida.

Canta conmigo
a la belleza del amor;
penetra conmigo
en ese reino
que no recela del amor;
recoge conmigo
el dulce fruto
de una búsqueda honesta.

*

Encuétrame en ocasos que se desvanezcan con la mirada.

Intúyeme allí donde una conciencia pura todo lo doblegue.

Espérame en esa noche que no se tema a sí misma,
esforzada en engendrar la luz más hermosa de la aurora.

Búscame en el hogar de la renuncia,
en el “no” que augure
el más bello y luminoso de los “síes”.

Renace conmigo a un mundo
donde las almas aprendan a crear
la efigie de sus sueños.

*

Se marchará el hombre de estos mundos.

Vagará como un dios desahuciado
de sus hermosos reinos,
y cualquier anhelo grande
será lanzado
a la oscuridad
que todo lo absorbe.

Recogerá su gloria en el crepúsculo,
como un creador fatigado
tras esculpir majestad y luz.

Pero el arroyo que murmura
en lo oculto,
en lo profundo,
no cesará de fluir,
hijo de tiempos y espacios,
heraldo de la necesidad.

*

Todo lo que es hermoso
brilla para mí
con una luz siempre nueva,
irrupción flamante
de gozo y claridad.

Vida infinita fluye
por todo cuanto exhala
el aroma de la belleza,
dulce y puro
como una fragancia celestial.

No importa cuántas veces lo contemple,
ni cuántas veces me llame su sombra.

Si es hermoso,
si eleva mi alma
y nutre mi corazón,
si evoca la riqueza del sentir
y el destino del pensar,
jamás me canso de observarlo,
de venerarlo,
de comprenderlo
para amarlo aún más.

Dame hermosura.

Inaugura para mí
un reino nuevo,
un espacio insondable.

Muéstrame
los caliginosos límites del mundo.

Muéstrame
el esplendor del espíritu
y me otorgarás vida,
vida verdadera,
fecundidad inagotable,
imagen extasiada de mis ansias,
finitud que sacia
voluntades infinitas
con el calor de un beso inesperado,
capaz de sanarme,
de redimirme,
de encontrarme en inmensidades oscuras,
en el desfiladero del yo.

Dame hermosura,
el destello de una belleza universal,
fragmento de ese todo que me absorbe,
y me revelarás el secreto del mundo,
el profundo abismo
de lo que aún no entiendo,
reliquia muda de sueños marchitos.

Dame hermosura
para ser quien debo ser,
en el hogar del sentido.

*

Como el primer rayo que acaricia
la tierra en la aurora,
la luz de un corazón enamorado
desvela una verdad oscurecida,
el astro intangible que dormitaba
en el clamor de lo desconocido.

Su fuente de agua,
siempre fresca,
siempre limpia y jovial,
baña nuestro espíritu
con la belleza de un anhelo puro.

Renace todo un mundo de posibilidades,
un ánfora que se abre
cuando el hechizo del amor
despierta la magia de la vida,
que nos llama a crear.

Amor posible listo para germinar
en las vastedades de un ser libre,
como semilla madura
y promesa embravecida.

Paraíso cercado de esperanza
es el amor;
torre esbelta y dorada
que triunfa sobre la bruma
y el miedo;
exhalación de un reino olvidado,
fulgor que descubre
el rostro inescrutable,
la faz de un dios perdido
en alegres pasados de gloria y luz;
morada perenne de la humanidad,
recinto sagrado
al que sólo accede
quien sabe renunciar a sí mismo.

Que retumbe toda poesía
al son del amor;
que resuenen todos los versos
en el inmenso vacío del mundo,
para llenarlo de sentido y éxtasis;
que canten las montañas
y cobre vida el silencio.

*

Cuando un firmamento
de belleza y claridad
abrazo mi alma,
sedienta de fulgores límpidos,
anhelosa de ese amor
que nos eleva
a la morada de los dioses,
siento la plenitud.

Un tierno soplo
acaricia mi espíritu;
suave y gozoso,
evoca un don inmarcesible.

La belleza esparce el alma de Dios
sobre el vasto mundo,
la luz que nos reconcilia
con lo que podemos ser.

Como un presente eterno
es el gran arte;
hechura de la naturaleza
o milagro del hombre,
en él se reconoce
cualquier alma sensible.

¿Y qué puede buscar
un corazón íntegro,
sino el amor verdadero
y la belleza pura?

*

Desde abajo,
anclado en pilares terrenos,
miro a lo que me sobrecoge,
a lo que me eleva,
a lo que me invita a soñar
con lo inconmensurable.

De lo alto de la montaña
veo brotar manantiales infinitos.

¿Por qué no se agotan esas aguas?

¿Por qué no cesan de bañar
las laderas y los valles,
llenando de vida y frescura
el gran mundo?

¿Qué oculta la cascada
tras el velo de sus chorros,
emanaciones sonoras
de fuerza y hermosura?

Como cascadas de vida,
mis lágrimas por la belleza
regarán la tierra
con el poder del sentimiento.

Pero primero he de ascender,
ascender sin límite,
hasta coronar
la cumbre que jamás se consume.

*

Qué poderoso es el reflejo de tu alma
en la aurora y en el ocaso.

Como la brisa más suave,
acaricia mi rostro
e inunda mi corazón
con presagios nobles.

Bello y refinado
cual cigüeña en su apogeo,
sus alas me envuelven
en un mundo de ternura,
beso de espíritus puros;
en la sedosa mansedumbre de su paz,
tejida por la mano de un dios.

Al contemplarlo,
un anuncio de claridad y vida me enaltece,
henchido de la luz más deslumbrante.

No dejes de venir.

No temas penetrar en mi sagrario,
escondido en noches silenciosas.

No olvides que todo mi ser te espera,
ansioso de tu rayo redentor.

No reniegues de mí,
amor invicto,
porque he nacido para amar
y sólo vivo si amo.

*

Quiero trascender lo que ya existe.

Quiero descender y elevarme
a un todo siempre mayor
que cualquier límite.

Quiero percibir las vibraciones
de universos que claman por ser descifrados.

Quiero descubrir lo que la naturaleza me oculta
y entender lo que la mente me niega.

Quiero abrirme a un mundo
lleno de vida, color y movimiento.

Quiero llamar a las puertas del espíritu,
allí donde nada ahogue mi anhelo.

Quiero pronunciar
las más bellas palabras bajo el sol,
y concebir en la noche
el pensamiento más profundo jamás alumbrado.

*

¡Ah, si pudiera elevarme
sobre las corrientes del existir
y encontrar un atisbo de sentido;
si pudiera surcar el cielo de la plenitud
impulsado por el soplo de un amor auténtico!

Pues ¿no busca mi espíritu
una mente nueva?

Si nunca entendemos
lo que significa ser humano,
entonces nunca somos
verdaderamente humanos,
y lo humano es el horizonte infinito
que reclama nuestra búsqueda.

*

No busques en las estrellas
lo que siempre ha habitado dentro de ti.

Sea el resplandor de tu luz y de tu mundo
la fuente creadora de un sentido
y el destino de una vida,
allí donde el vacío sucumbe
y únicamente impera
la claridad que emerge de tu propio ser,
cincelado por anhelos eternos.

Rutilante como astro en la noche,
sea tu voluntad de ser
más de lo que eres
la luz que te guíe
por el vasto misterio
de lo que podemos ser.

Porque todo lo grande brota del alma,
síntesis de mente y corazón;
nace del amor a la vida
y del ansia de descubrimiento,
ecos divinos en las finitudes humanas.

*

¿Quién conoce la Naturaleza?

¿Quién ha cantado a su armonía?

Con claridad y hermosura
brilla el curso de una fuerza libre,
que no obedece al hombre.

En el cielo de su aurora
languidece mi nostalgia
por otear collados ocultos,
pues todo centellea
con vívida y pujante luz.

Es el embrujo de dioses ausentes
que aúllan en la lejanía.

Con vigor aquilatado,
la voz de mi suspiro
palpita
en este silencio,
en esta palabra muda
que exhala pasión.

Mecida por poderes ancestrales,
de sus fuentes
brota la luz
que hoy buscamos,
sagrada y pura.

En su fondo escondido
se hunden todos los deseos
de contemplar lo innombrable,
hasta que al fin acaricien mi alma
los hermosos rayos
de una totalidad libre,

que no deje de trascenderse

a sí misma,

de superarse,

en el incesante camino

hacia lo posible,

como un dios

que nace y muere

para crear,
y amar creando.

*

Belleza celestial, fulgor divino,
embujo de astros, sol que me redime,
claridad que revela un don sublime,
lágrima que presagia mi destino.

Abismo de pureza, ardor hialino,
icono de ansias que mi rostro exime
de la tristeza que mi amor reprime,
aurora de poder, don opalino.

Hoy surcará mi ser tu cielo eterno,
hoy volará mi amor a tu morada,
hoy cantará mi voz tu fuego tierno.

Alba de renaceres, flor dorada,
verano que serena todo invierno,
cáliz de vida, dulce luz labrada.

*

Arropado por tu alma,
un firmamento benéfico
de calor y vida
deshace el hielo de mi corazón
con sus haces de luz pura,
fuentes de paz y consuelo.

El eco irrevocable de un amor contrariado
choca con mi voluntad de vida nueva,
con mi sed de alteridad,
y se desvanece todo recelo
ante la ingravidez del futuro.

¡Oh eterno don el de amar!,
milagro jamás atenuado,
cielo compuesto
por pedazos de espíritu
que se congregan en lo alto,
en el altar de los sueños.

Hazme caer
sobre la belleza de ese mundo
que me has prometido,
pues ya te presiento.

Las densas nubes se disipan.

Un reguero de fulgor immaculado
horada el espacio
y renueva mi ser.

Delicias extintas resplandecen
como arroyos de luz
que brotan de la nada.

Irrumpe la aurora
en la noche del mundo,
llena de sustancia divina.

Se apaga el vacío del ser,
y brilla lo que no comprendo.

Lo sensible toma lo inteligible,
y al son del amor por fin entiendo
lo que significa vivir.

¡Oh cuerpo que ahora se funde

con un cuerpo que es también espíritu!

¡Oh amor que nos eleva
con su fuerza creadora!

¡Oh agua que irriga
profundidades anhelosas!

¡Oh cascada que vierte
presagios de infinitud!

Que tus rayos derritan
mi fría soledad,
para que emerja,
hermosa y santa,
la intuición plena,
la felicidad auténtica,
la llamada redentora de Dios
al dolor del hombre.

*

¿Qué mundo no habría surgido
si quienes una vez amaron,
y soñaron,
y cantaron a la vida
no hubieran desaparecido
en la voraz indiferencia de la nada?

Un mundo más luminoso,
un universo más bello,
un espacio aún más profundo
habría emergido del silencio
y de la inmensidad
que nos envuelven.

Una realidad más grande,
más pura,
más libre e inspiradora.

Qué hermoso sería todo
si aún estuvieras,
si el tesoro que portabas
no hubiera partido a otros reinos.

Jamás entenderemos
cuánta luz nos ha abandonado.

Pero nuestro destino no es permanecer.

Es crear.

Es sacrificarnos.

Es plantar la semilla
de un futuro digno
de quienes han de venir.

No llores entonces por el pasado
si tus lágrimas no alimentan un nuevo futuro.

No grites contra esta vastedad
que no te escucha,
y que con tu fuga a lo desconocido
pierde todo un mundo de belleza y bondad.

Las estrellas no pueden oírte.
No pueden entenderte.
Jamás comprenderán lo que significa
tener un alma,
una conciencia abierta a lo infinito.

Como tenues suspiros pasarán nuestras sombras
por este mundo que no nos conoce.

Caeremos en el abismo del olvido,
y el cielo de nuestra imaginación
se apagará sin remedio.

Nuevos soles nacerán
en este universo incesante.

Aunque tu voz no vuelva a llenar
de sentido el mundo,
aunque tu ser no brille más
bajo esta bóveda que nos sobrecoje,
aunque el amor humano se extinga
como fenece el crepúsculo,
tú has conquistado un tiempo,
has vencido a la nada

con el cetro de la vida.

Efímero, sí,
lapso irrecuperable,
pero hermoso triunfo de la vida
sobre el absurdo y el vacío.

Vuela, pues,
conciencia;
vuela libremente
por espacios infinitos.

No temas lo que te reclama.
No dejes que la muerte usurpe
tu breve caminar
por esta tierra.

Ama,
crea,
vive.

Sé tú la respuesta
a la pregunta inmortal;
sé tú la respuesta
a lo que nadie entiende.

*

Tus rayos me bendicen.

Inundan el mundo de pasión.

Perforan patrias invisibles.

Presagian el éxtasis.

Su murmullo providente
talla con delicadeza
la forma de mi deseo.

Suaves y cadenciosos,
como mudas cascadas celestiales
que se deslizan por laderas intangibles,
me anegan con la luz más hermosa.

Consiguen evocar todo un reino nuevo
en un alma sedienta de esperanza,
y con la magia de su fuego creador
borran los vestigios de espacios caducos,
para que emerja lo que ha de surgir.

Al igual que la aurora redime
la oscuridad de la noche
y la primavera aplaca
el frío del invierno,
el beso de tu claridad me consagra
con una unción hecha de vida.

Amar tu belleza es sencillo,
pues no dejas de ofrecerme su dulce fruto.

Vasto y sublime es el espectáculo
de una naturaleza que perece y resurge,
que crea y destruye
con el lenguaje del silencio.

*

Mi rebeldía contra este mundo es silenciosa.

No grito, no lloro, no ataco,
sino que vivo libremente.

Mi libertad es mi rebeldía,
y mi lucha es invisible,
porque sólo yo comprendo
lo que palpita en mi conciencia,
el profundo universo de mis aspiraciones.

Sólo yo sé lo que siento
y lo que rechazo de este mundo.

Sólo yo conozco mi verdad,
ajena a la verdad de este mundo.

Cambiar el mundo es negarse
a ser partícipe del mundo.

Es alzarse contra lo que otros establecen.

Es afirmarse por amor al mundo,
movidos por una pasión sincera
y un deseo honesto
de crear un mundo aún más digno,
aún más libre,
aún más humano.

Pero jamás será libre el mundo
si no vivimos cada uno en libertad,
si no perdemos el miedo a ser libres
y a hablar con nuestra propia voz.

No necesito resistir o resignarme
para ser yo frente a este mundo.

Sólo necesito descubrirme como libre,
y esperar a que el humilde arroyo
de la libertad que en mí siento
fecunde este mundo marchito,
hasta que florezca
un nuevo bosque
bajo un nuevo cielo
y un nuevo sol:
el hermoso sol de un mundo libre.

*

Quien ama el bien y la belleza
ha alcanzado la armonía.

Un don eterno resplandece ante sus ojos,
y endereza el mundo
con la benevolencia de su luz,
para restaurar lo que estaba torcido.

Bajo su auspicio,
todo sonido es dulce,
y todos los arroyos susurran
con hermosas voces
el nombre del sentido.

Ningún sol puede apagarse,
y ninguna noche puede imponer
su oscuro dominio
sobre los hijos de la aurora.

Buscar el bien
es cantar a la vida,
es elevar el alma
a un dios puro,
al dios que merecen los hombres,
lanzados como se hallan
a la senda infinita
y al profundo abismo.

*

Si el mundo no tiene salvación,
¿qué nos queda?

Podemos conocerlo y embellecerlo,
crearlo y encumbrarlo
como sólo Dios glorificaría
la obra de sus manos.

Y pensar en ti me salva,
me rescata
de todos los tormentos,
porque pienso en el amor,
en el amor que conoce,
en el amor que nos eleva
a cielos indestructibles
con las alas de su generosidad;
en el amor que es palabra renovadora
sobre el silencio del mundo.

No existe principio o confín
que limite la fuerza del amor.

El amor es mi absoluto,
y sólo soy libre en el amor.

*

Tanta belleza me desborda.

Soy cautivo de una visión celestial,
cuyas alas me elevan a mundos sobrenaturales.

Su reflejo me subyuga.
Me traslada a un espacio incomprensible.

Demasiado grande es el misterio
que me envuelve
con el dulce lazo de sus imágenes puras.

Las montañas se me antojan simples colinas,
y los abismos más profundos ya no me aterran.

Podría ascender o descender
a los confines de lo que existe
y todo me parecería exiguo,
un átomo delicuescente
ante la grandeza de lo que mi imaginación vislumbra.

Cuando el audaz ojo del alma
otea la inmensidad del mundo,
las intuiciones más hermosas
brillan como estrellas resplandecientes
entronizadas en el firmamento.

Es el hechizo del espíritu;
es el don de soñar como un ser humano,
anheloso de entender
y embellecer
lo que se manifiesta ante nosotros.

*

¿Quién ha destilado
el áureo brío
que todo lo inunda
con su fulgor,
eterno y suntuoso?

Que la lengua de una deidad amable
revele a mi espíritu
la secreta melodía de este mundo,
majestuoso y confiado
en su perpetuo vigor;
la música de todas las esferas,
el laúd que tañe lo absoluto
para infundir vida y sentido
a esta enormidad
de hechizos geométricos.

*

Cuando el rayo divino del sentimiento
golpea el corazón con la suavidad de su fuerza,
irrumpe una aurora de esperanza,
sublime y triunfante,
allí donde todo estaba oscurecido
y vagaba entre tinieblas.

Es la luz de lo posible,
el gozoso hallazgo
que se adueña de nuestras profundidades,
ansiosas de inspiración y vida.

Es el dulce yugo que nos orienta
por las sinuosas sendas del existir,
aventura inescrutable.

Auspiciado por astros escondidos,
florece el tallo del alma,
que aspira a lo alto
porque es allí donde se encuentra
con su inquebrantable identidad,
con los eternos destellos de su rostro,
en amor esculpido por manos luminosas.

Una estrella imperecedera nos bendice
con la pureza de su fulgor,
porque sentir es vivir
como sólo el hombre sabe hacerlo;
es elevar el pensamiento
a un horizonte bienaventurado,
donde todo límite se desvanece
ante el sagrado anhelo de nuevas primaveras.

En el sentimiento habla una voz recóndita,
una voz que llamea en el espíritu:
la voz de una reconciliación universal
entre reinos largo tiempo divididos.

El destino descorre su misterioso velo
y todo resplandece, lleno de claridad.
La copa de la vida rebosa de sentido,
y el vacío del alma se inunda de un poder
arcano y venerable,
que emana de fuentes primordiales.

Un cielo insospechado absorbe la tierra,
y todo refulge con su admirable luz,

creada por los dioses de la vida.

El corazón vuela libre,
y ya no teme ascender
ni buscar,
ni entregarse a lo que no tiene nombre.

Sentir es vivir en grado sumo,
es anticipar el destino del pensamiento
y la patria donde descansa la verdad.

Hermoso y profundo,
con su llamada irresistible
el sentimiento nos descubre
nuestro verdadero ser,
hijos de una naturaleza que también siente,
y que en nosotros aprende a pensar.

Todo suspiro desemboca
en mares infinitos,
toda lágrima cristaliza
en belleza y significado.

Sentir es captar el todo,
majestuoso e incólume,
amanecer inviolado que despierta
miradas aletargadas
y corazones marchitos.

*

No temo saltar al abismo
donde late nuestro enigma.

Hondo y admirable es lo que intuimos
cuando el sentimiento contempla
un firmamento oculto,
enardecido por resplandores primigenios.

Palabra que destella en el silencio
para revelar lo que es santo y puro.

*

La sensibilidad es el alma de la existencia.

Su grandeza nos abre a lo inescrutable,
al resplandeciente sol que nadie intuye,
heredad gloriosa de quien busca
en el desaforado vacío de la vida.

Nos enaltece con su pulsión intacta,
nos abre a un paraíso de claridad
y sacia nuestra sed de sentido,
evocación noble de voluntad insumisa.

Ella sola llena de luz el inframundo,
ahora fundido
con el santo y bello
cielo del espíritu,
y lo que yacía sepultado
en catacumbas olvidadas
brota al fin con primor y audacia.

El frío espacio de esta tierra
sucumbe ante su soplo benéfico;
el corazón despierta
de un largo y doloroso sueño,
y el cálido presagio de la bondad
nos hace renacer con su imagen pura,
tan gozosa y desbordante
que nos redime,
nos salva,
nos justifica ante lo desconocido.

*

Perdámonos en las olas de una belleza eterna
mientras navegamos hacia lo desconocido,
movidos por el soplo sagrado del misterio.

No temamos surcar el vasto mar de lo posible
bajo reflejos celestiales de un mundo nuevo.

Que su luz,
santa y límpida,
hija de resplandores puros,
nos ilumine en esta aventura
que busca sondear lo inalcanzable.

Que su óleo de vida
nos unja con su brillantez
allí donde sólo se escucha el silencio,
preludio de la gran epifanía,
cuando el amor y la hermosura
hereden la tierra.

*

Susúrrame con besos inmortales.

Renuévame con el resplandor de tu aurora,
con la radiante luz
que proclama tu amor
y tu excelsa verdad.

Bendíceme con las delicias de tu voz,
sonora y bella,
espejo de realidades que me trascienden,
eco divino de un mundo que me llama
desde instancias recónditas,
prolongaciones de naturaleza y vida.

Llena de claridad mi corazón
e infunde en mí esperanza,
la esperanza en el futuro
encarnado en tu mirada,
dulce y misteriosa;
la esperanza que hoy habla
con un lenguaje eterno.

*

Muéstrame una belleza tan poderosa,
tan sublime y pura,
tan divina,
que conquiste todos los corazones
y disipe todas las tinieblas.

Una belleza tan sabia
que inunde el mundo
de luz, eternidad y vida.

Tan pujante y elevada
que los cielos se arrodillen ante ella
y las fuerzas de la naturaleza
sucumban a su hechizo.

Una belleza que gobierne sobre la tierra
con el dorado cetro de su gloria.

Una belleza ante la que se postren
mares y continentes,
una belleza que extinga las sombras
y resucite fulgores olvidados.

Una belleza que doblegue las montañas
y detenga los vientos.

Una belleza que no tema ascender
a la cumbre invisible,
allí donde toda ansia finita
se funde con el espíritu infinito.

Una belleza que reconcilie soles y lunas,
una belleza que llene de alma y claridad
el vasto universo.

Una belleza que justifique la grandeza de la vida
y apague los ecos de la muerte.

Una belleza que sea dios,
y hombre,
y mundo.

*

¡Oh, luz creadora,
ungida en las llamas de un destino eterno,
sangre que mana de las fuentes últimas,
del sentido inmortal,
de la bóveda incognoscible
en la que resplandecen
las sagradas letras de un poder inalcanzable!

¡Oh, luz vigorosa,
que revelas mundos
allí donde sólo parece reinar la nada!

No me seas esquiva
como un tiempo lejano
que sólo cabe en la nostalgia;
no ocultes la belleza de tu aurora
a quien está preparado para venerarla
y rendirle devota pleitesía;
no rehúses acariciar mi rostro y mi alma,
hambrientos de tus rayos vivificadores.

Todo lo que siento, todo lo que amo,
todo lo que percibo, todo lo que busco,
todas las puertas que abre mi corazón
en la franca noche del espíritu,
todos los cielos que sondeo
con las pulcras y gozosas alas
de la imaginación,
todas las copas que bebe mi libertad
en su sed de un ser nuevo,
todo lo puro y hermoso

que admira un ser sensible,
no hace sino reflejar atisbos de tu claridad infinita,
cumbre inagotable en los montes
del existir y del destino.

Porque crear es vivir,
es ampliar lo posible,
es sumergirse en la vastedad y en el silencio
que custodian
la perla más preciada,
el centelleante tesoro
perdido en crepúsculos ancestrales,
el don que todo lo llena de luz y sentido;
es edificar un reino sobre rocas intangibles
que sostienen verdades escondidas,
es sufrir para contemplar un mundo
que aún no tiene nombre,
pues aún no se ha bañado en las aguas bautismales
de un saber fundido con el deseo.

Que mis labios pronuncien todo lo que evocas,
para ser yo infinito como lo eres tú,
luz divina e incesante,
matriz inspiradora
en la que brillan todos los astros
y se apagan todas las nostalgias,
espacio radiante e irrestricto donde todo límite presagia amaneceres nuevos,
y toda frontera se convierte en el espejo
de una ambición más profunda.

Muéstrame todo lo que es bueno,
y noble,

y sabio.

Ilumina con tu generoso haz
el misterio de una existencia abocada al vacío
y a una nada que todo lo absorbe.

Libérame del temor a morir
si es que morir me permite crear,
sacrificar mi dicha en altares desconocidos
para esculpir la nueva faz del ser,
para expandir las energías de la vida,
para que el vibrante anhelo de mi espíritu
vuele con el ala de la audacia
y surque sin miedo
el océano de una totalidad libre y creadora.

Pues deseo crear,
porque deseo vivir infinitamente,
derribar el grueso muro de la necesidad
para trascender lo dado,
el frío y triste mármol de la evidencia,
la oscura certeza que me hunde
en su implacable vacío
y me aleja de las inmensidades libres
que me aguardan
allí donde no impera el temor a crear...

Deseo saltar a las honduras abisales
de lo que existe
para descubrir un alma nueva,
un universo nuevo,
un ser nuevo,

una libertad nueva
que atraviere arroyos inexplorados,
saludada por árboles sin nombre.

Deseo probar
el dulce fruto de la autonomía
más allá de las cadenas que nos lanza
el ciego y sordo mundo,
donde todo nace para perecer
y reafirmar lo que ya hay,
donde nada conoce la entraña de la vida
y la dorada hermosura
de un sol que no se extinga,
donde nada entiende el sentido,
donde nada transparenta un fundamento libre,
una verdad creadora,
porque nada comprende el drama de la conciencia,
porque nada puede ser objeto y sujeto al unísono.

Arderá el fuego que contiene todos los destinos,
pues seguirá brillando el mundo como posibilidad,
como eterno ciclo que nace y muere
para abrir una nueva senda en el infinito,
un nuevo rostro de la totalidad que siempre fluye.

*

Que el deseo de saber nos guíe
por las regiones más oscuras.

Que la luz de la belleza
infunda esperanza y gozo
en todos los que buscan.

Que el divino amor nos eleve
por encima del egoísmo,
para abrir el alma
a la verdad.

Que la libertad brille
como fuente de todo destino,
y el oculto rayo
despunte en la conciencia
para iluminar el inmenso mundo.

Pues si luchamos por entender, amar y crear
nacerá la luz del sentido.

*

¿Qué ojos no habrían querido contemplar
el divino instante en que brotó
la primera Luz del mundo,
el amanecer de la creación,
el origen del todo que nos envuelve,
la génesis de un misterio que canta
en inconmensurables formas de la existencia?

Tras eternidades de silencio y oscuridad,
al fin resplandeció
la Luz que anhela el Espíritu,
hecho para ser libre,
y fluyeron las aguas del ser
sobre las inmensidades de la nada,
tristes,
estériles,
desoladoras y atroces
como una noche desesperada
por la ausencia del día.

Tímidamente irrumpió la chispa
que todo lo contiene,
ofrenda derramada a esferas infinitas;
nació el orden
que da consistencia a lo indeterminado,
el brioso cosmos,
mundo de mundos,

la belleza que clama por ser siempre nueva,
la inteligencia que surca
el espacio en que habitamos,
ansiosa de detectar
destellos de su armonía.

Abstraído de desiertos inmóviles,
todo despertó
al oasis del ser y de la vida.

Con el juego de su rocío venturoso,
retoño de diafanidad
y pureza,
el eterno poder
disipó las brumas
de lo que no entendemos,
y en albores inmarchitables
abrazó el universo
con la hermosura prístina de su bondad.

Manos providentes
escanciaron
el vino místico
desde ánforas sublimes,
entrañas de lo que no tiene término.

En ese bautismo celestial,
en ese preludio inmaculado
de una verdad que no fenece,

eclosionó un mundo de océanos inmortales,
limpio y vigoroso
en su éter irrestricto,
auspiciado por amores recónditos
y cascadas invisibles.

La voz pura de lo ausente
se hizo presencia
allí donde todo latía
en simas lóbregas
y acantilados baldíos.

La infinita nada
cedió el testigo
a la grandeza del ser,
al soplo creador
que transfigura lo inerte,
liberando el abismo insondable
que se repliega y cierra
sobre su propio vacío.

¡Oh erupción de vida y posibilidad,
milagro libre y salvífico,
prodigio que enaltece la imaginación
a cúspides inacabadas!

Emergió la luminosidad,
las sagradas manifestaciones
de una estética suprema,

el arte inagotable del ser,
pulsión de claridad y vida,
y todo se convirtió en fuente
de un horizonte sutil,
de un mañana inextinguible,
de un futuro que apresa
todos los pasados
y todos los presentes
con el aura protectora del misterio.

De la nada,
del eterno mutismo ensimismado,
de la vasta unidad
que sólo retorna
y nunca avanza,
de la monotonía
subyugada por el ciclo inquebrantable,
por la siniestra negación que sólo niega,
de la colosal penumbra
que nada forja
y nada expresa,
surgió la sagrada Luz
que todo lo colma,
la hermosa energía,
el color y la variedad,
la expansión hacia lo indecible,
hacia lo inmanifiesto;
la fuerza que se ensancha
para conquistar lo que aún no tiene nombre.

Floreció el reino del Espíritu,
promesa levantada
sobre la faz invisible,
el discurrir hacia el enigma
y la multiplicidad:
la tierra y los cielos
que nos permean
e impulsan hacia lo desconocido.

En la santidad
de esa Luz primogénita
triunfó el ser sobre la nada,
lo posible sobre lo imposible,
la cantidad sobre la ausencia,
la calidad sobre la indefinición,
el movimiento sobre el reposo.

La magnificencia del día
redimió la noche de los tiempos
con la belleza de su copa,
rebosante de sueños insepultos.

En ese éxtasis primordial
todo brilló flamante y áureo
como el reflejo de un sol puro,
perfecta efusión
de sensibilidad y entendimiento,
aunados en el crisol del cosmos.

La fuente y el cáliz de la vida
vertieron los cristales de su Luz
sobre oscuridades indómitas,
para bañarlas
con las burbujas incorpóreas
de un amor infinito.

El fuego de una pujanza inescrutable
abrasó la nada
con su llamarada ancestral;
lo incierto tomó las riendas
de lo que antes yacía aletargado
en la rasa certidumbre del no-ser.

La virtud del amor y del conocimiento
expulsó el no-ser
para crear el ser
en albas de pulcritudes insumisas.

Los labios de Dios
silbaron hermosas melodías
cuando se extendió
el ocaso de la nada,
destruida por el amor al ser.

Una epifanía de ciencia y belleza
encendió la Luz más pura,
el fulgor sagrado que conduce

del pensamiento al ser,
del signo a la realidad,
de un infinito a otro infinito.

¡Oh claridad bendita,
tránsito incapturable,
irradiación de sabiduría,
esperanza de quienes buscan
los manantiales imperecederos del sentido!

El dedo de Dios
rasgó la oscuridad
y la uniformidad,
hasta santificar lo eterno,
que era rehén del vacío.

Una deidad sobrecogida
horadó los dominios de la nada
con su lanza ceremoniosa,
tridente perdido de fervores primigenios.

El Espíritu insufló su Espíritu
para plantar la semilla
que inaugura el mundo,
el eco de la pasión
sobre la calma inabarcable de la nihilidad,
derretida por el sublime aliento
de la Luz
que no se consume,

pues es hija de un ardor sincero.

El trueno y el relámpago
conmovieron a lo que sólo niega,
ahora desahuciado
del sumo sitial,
privado de la victoria
a la que se había acostumbrado
en la identidad de su quietud,
fría y silenciosa
como los hielos invernales.

El haz de un Dios generoso
perforó
la malla de lo que se hunde
en el perpetuo vacío,
afirmando para crear,
y así acceder a una verdad nueva,
a la verdad que establece y amplía
lo dado,
y supera el límite de lo que concebimos.

Las alas de la vida
ascendieron a la morada del poder,
a la estrella que no deja de rutilar,
centelleante y ávida
como un baile de luciérnagas.

¡Oh pecho celestial

del que todo emana,
sabiduría infinita que gestó
una constelación de ser y vida!

De profundidades que aún no intuimos
se elevó una fuerza inefable,
capaz de vencer a la nada,
capaz de penetrar en sus feudos
hasta anegarlos de frescura y presencia.

Fue la aurora de la libertad,
la mirada misericordiosa del Creador
hacia lo que aún no existía,
para traerlo junto a Él
y vivificarlo
con las exhalaciones de su Espíritu,
bello y puro.

El dorado rayo del Alma
acarició lo posible,
divina alquimia que transformó
la nada en ser,
el vacío en Luz,
el silencio en palabra,
la ausencia en símbolo,
el surco en vida,
y sembró en el corazón
el ansia insaciable de conocer.

¡Oh descubrimiento sagrado!,
¡oh magia inocente y bondadosa
que brotó de lo incognoscible!,
pues se abrió el mundo,
flotó la naturaleza
sobre eternidades vanas
que sólo servían
a las caducas hojas del vacío.

Tras esa hendidura
en el imperio de lo que no es,
tras esa suplantación
del abismo que sólo niega
por la plenitud del ser,
por la exuberancia de la afirmación,
todo se llenó de Luz,
de voluntad,
de entendimiento
y hermosura;
el algo brilló sobre la nada,
y prosperó el todo,
como soberano y señor de todos los espacios.

Resplandeció lo inteligible
frente a la oscuridad de lo amorfo,
frente al absurdo de una nada
ciega y abrumadora,
y la hondura del Espíritu
se sumergió en la belleza del cielo.

Nació el tiempo,
hogar de la naturaleza y del hombre,
rueda que nos arroja
a lo inexplorado,
para desplegar el infinito
sobre los lechos del ser.

La sombra y la tiniebla
sucumbieron
en atardeceres milagrosos,
sanadas por el fulgor benéfico
de un poder incesante,
imagen canónica del fundamento,
principio encadenado
al más bello de los fines.

Los rayos de una aurora desbordante
descorrieron
el denso velo de la nada
para gloria del bien supremo,
para gloria del ser y de la experiencia.

Ver,
escuchar,
asistir
al prodigio que inundó el mundo
de Luz
y efervescencia,

chorro de vida que nos salva
con su revelación de maravillas ocultas.

Evolución y apertura
hacia la libertad,
estrella inconclusa
en el firmamento de las posibilidades;
vivir,
conocer,
sentir,
progresar,
mejorar,
ascender a cimas deslumbrantes
y descender sin miedo
a fondos aterradores,
¿no son los caminos del ser,
hermano de la acción?

Poco importa
que la muerte nos devuelva
al temible reino de la nada.

Poco importa
que se apague la Luz del ser
para quien duerme en el silencio eterno.

Poco importa
que se ahoguen las voces más puras
en el lago del olvido.

Poco importa
que unos mundos se desvanezcan
para que emerjan otros,
santificados por el sueño de un futuro.

Poco importa que esta senda
desemboque en el vacío último
del que procede.

Haber saboreado esta fantasía,
haber apurado este cáliz,
haber vagado por las inmensidades
de un embrujo que no amaina
con sus promesas de dulzura,
haber respirado esta brisa
noble y sagrada,
evoca en el alma atenta
la dicha de un don inmerecido,
la alegre profecía
de una gracia que nos introduce
en el templo de lo que no comprendemos,
hasta consumir su apocatástasis
de astros inasibles.

Pero si es la Luz
la que ha derrotado a la oscuridad,
si es el mundo el que ahora vibra
tras abatir la nada,

si es la posibilidad
la que se ha alzado con el trofeo
en una contienda que redime a los mortales,
incluso a los dioses,
si es el ser lo que ahora reina
sobre los tensos cauces del destino,
si es la vida la que hoy canta
a las vastedades sidéreas,
quien ha sido partícipe de la Luz,
aun tenue y finita,
es ya un dios entronizado
en su crepúsculo.

*

I.

Muéstrame las leyes de la belleza.
Muéstrame el ser que no conozco.
Abre mi alma
a todos los mundos que aún no veo,
al fuego que no destruye,
sino que crea
lo posible y lo imaginado.

¡Quién pudiera recibir
todo lo verdadero, bueno y bello
que ha brillado en la historia!

¡Ah, si mi hogar más profundo,
allí donde se nutren
la sensibilidad y la razón,
asimilase sin miedo
todas las luces del pasado,
del presente y del futuro!

Mas este sol que se oculta,
¿llevará consigo todos los secretos?

Llegar a esta tierra
y contemplar tantas cosas,

para pronto abandonarla...;
¿acaso soy un cometa pasajero
que se acerca
al reino de la vida?

Mientras discurre la existencia,
incontables provincias
escapan de nuestras manos
y desbordan nuestros sueños;
universos inagotables,
recónditos y esquivos
siguen alejados
de la mente humana.

Intacto permanece
el velo de Isis,
sin que ningún mortal
logre rasgarlo.

Todo este esfuerzo inútil,
todo este sacrificio colosal,
todo este anhelo heroico
por crear y conocer,
¿adónde nos transporta?

¿Adónde marchamos
al dejar este horizonte?

¿Para qué respirar
la noble brisa de la vida
si el destino nos sumerge
en inertes vastedades?

¿Por qué ha de vaciarse
la copa de la vida?

¿Para qué llenar
lo que siempre se fuga,
lo que siempre nos traiciona?

¿Por qué degustamos
tantas delicias,
tantos tesoros codiciados,
tantas maravillas
que absorben nuestra voluntad,
si el placer es siempre efímero?

¿De qué sirve subir,
como Moisés,
al monte Nebo,
y comprobar con amargura
que no hay tierra prometida
para el hombre,
pues todo lo que engendramos
y soñamos
es parte de la nada?

¿Es la nada la verdad última,
que como una diosa
cubre el cielo con sus alas?

¿Qué soplo divino extinguiría
el dolor que desgarrar este mundo?

¡Oh, tú!,
gran ser,
espíritu infinito,
corazón absoluto,
horizonte nunca saciado
que absorbes nuestras ansias,
océano inabarcable
al que conducen todos los ríos
de la imaginación y de la inteligencia,
¿por qué nos respondes con silencio?

¿Es el silencio tu único lenguaje?

¿Acaso vives en el silencio?

¿Son estériles nuestras palabras
en tu reino de silencios puros?

Pues por mucho que te preguntemos,
por bellas y elevadas
que resulten nuestras imploraciones,
tejidas con lágrimas ancestrales,
no dejamos de percibir
que todo lo que el hombre alienta
con sus grandes sueños
y forja con sus pequeñas manos

ha de perecer,
fruto de la finitud.

No hay campo donde recojamos
la cosecha eterna.

Quizá sea el destino,
que funde en un mismo crisol
a dioses y a mortales,
esclavos de una necesidad
cuyo poder es ciego,
es impasible,
mientras sostiene y empuja
la suntuosa naturaleza.

Quizá ni siquiera Dios
pueda aún salvarnos.

II.

Todo este mundo,
toda esta fuente de fascinación,
toda esta cadena de oro
que une la tierra con los cielos,
¿ha de evaporarse
en lo oculto?

Toda esta armonía
que nos esmeramos
en comprender,
escanciando el néctar

de sus leyes,
¿qué enmascara,
sino la cruel fatalidad?

Este todo sublime,
¿no es indiferente
a nuestras aspiraciones?
¿Acaso no es
matemática sin alma?

El eco de la vida,
¿no languidece en lo profundo,
en universos que jamás entenderemos,
en la eterna identidad
de lo uno consigo mismo,
cuyo inmenso poder
ahoga todas las voces
y apaga todos los sueños?

Es dulce comprender;
es bello traspasar
las brumas de la ignorancia
y sentir cómo la luz
baña el espíritu.

Acariciados por su rayo,
sereno y armonioso,
sentimos plenitud.

Un solo atisbo
de la verdad
enjuga el llanto
de la mente,
sosiega el corazón,
arrebata a la tristeza
su cetro sombrío.

Pura es la lágrima
de quien clama por entender
y trascenderse;
divina la recompensa
de quien descubre una verdad,
pues vence al absurdo.

Mas siempre será escaso el saber.

Por más velos que rasgue

nuestro tesón,
el mundo siempre oculta
sus secretos más preciados.

El ardiente corazón del hombre
no cesa de buscar,
y sólo halla fragmentos
de la verdad plena,
diseminada por infinitos,
perdida en lo inalcanzable.

La sagrada voz del cosmos
susurra a nuestros oídos
hermosos mensajes,
pero nunca nos ofrece
el sentido más profundo.

Siempre será breve una existencia
cercada por la oscuridad
de lo remoto.

Siempre quedarán himnos
por escuchar
de esta naturaleza misteriosa,
que nos reta con su silencio.

Siempre habrá
un horizonte por descubrir.

Siempre deberá trabajar el espíritu

para captar tímidos destellos
de esta inmensidad
bella y abrumadora,
humildes cristales que reflejan
una verdad siempre más grande.

Siempre podremos soñar,
hijos del hombre,
con un amanecer aún más hermoso.

III.

Es una desdicha ser consciente
en medio de la necesidad
que todo lo rige,
que todo lo hace y deshace,
que todo lo moldea
y pulveriza
a su antojo.

Ojalá todo fuera un sueño,
lleno de sabiduría y belleza,
dulce y claro
como las fuentes primordiales,
donde brillase por siempre la vida
sobre la oscuridad de la tierra.

Oí una voz que decía:
"Te invito al mayor espectáculo

jamás concebido".

Pero pronto se disipó,
arrastrada por el viento.
La ahogó esta fuerza eterna
que mueve sin cesar
la rueda del mundo,
y que crea destruyendo
lo que ya ha perdido
su vigencia.

Oí cantar a un ruiseñor.
Me arrullaba
con suaves melodías.

Mi tristeza tornó en gozo,
mas volvió a imponerse
el silencio,
y de nuevo pensé
en la nada,
en el ocaso
y en la desventura
del corazón humano,
hecho para sufrir
y morir.

Aprendí a admirar
la belleza del sol
que nos saluda en la aurora,

el vigor de su luminosidad,
pero sentí nostalgia
por los días y las noches
que hoy no son,
por las dichas pasadas
que yacen en la memoria.

Poco me importa
que todo sea real o ficticio;
aquí y ahora,
yo sólo siento la vida,
su fuerza inconmensurable,
su danza de imágenes y sensaciones
que conquistan mi mente
y enardecen mi voluntad.

Realidad o ensueño,
soy esclavo de un amor
que me devora,
de un amor infinito por la vida,
cuando mi alma sabe
que toda vida fenece
en la inmensidad del silencio.

Pues la pulsión libre y creadora
de esta existencia
ha de disolverse
en una eternidad desmesurada,
que me aterra y sobrecoge.

IV.

Todo lo que ha sido
sólo vive en la palabra;
¿qué sucederá
cuando ya no haya palabras
en estos mundos?

Todo lo que supe venerar
me parece hoy vano.
Mi entusiasmo languidece,
y sólo lo eterno
embelesa mi imaginación.

Mas no estoy hecho para lo eterno.
No debo permanecer,
sino fluir
hacia lo desconocido.

Sólo amar y entender
pueden consolarnos
con el embrujo de la libertad;
sólo el beso y la lágrima
que nacen del amor,
y el gozo supremo
que brota del saber,
pueden justificar
tanta fatiga estéril,

tanto caminar

flanqueados por la muerte.

Cuando el alma bebe
en el manantial límpido
de la verdad y de la sabiduría,
un deleite puro
se apodera de nosotros,
y todo resplandece
libre de contradicciones,
vivo y reluciente
como un astro en su apogeo.

La claridad y el sentido
iluminan al fin nuestro ser,
y esparcen su fulgor
por la noche del espíritu.
El sendero sinuoso
se endereza,
el dolor se disipa,
y entonces nos creemos inmortales,
como alegres retoños de los dioses.

Pero es preciso regresar
al indócil mundo
de lo que no entendemos,
allí donde la hermosa luz
de la verdad
se hace confusa.

El paraíso no es
origen ni meta
para el hombre;
es sólo un sueño lejano,
una imagen borrosa
que nos seduce y atrapa
con su dulce canto.

El beso de los dioses
es engañoso;
el cáliz del saber
es un espejismo,
y el horizonte añorado
tan sólo exhala incertidumbre.

Hundidas en lo infinito,
las esperanzas que alguna vez abrigó
el espíritu humano

parecen una suma de vacío y tristeza,
pero nuestro deber es continuar,
es rendir tributo al milagro de la vida,
es volar siempre más alto
y dar rienda suelta a todas las facultades
de esta mente,
de esta humanidad,
de esta conciencia
desposada con dioses invisibles.

V.

Que el corazón derrame al infinito
su eterno deseo de primavera.

La luz de Orión se extinguirá,
como la de todas las constelaciones,
pero habrá sido bella.
Su fulgor no se hunde
en el hondo abismo:
renace con nuevos semblantes,
pues el ser no deja
de volver a sus orígenes.

Caminemos juntos
por esta senda incierta;
contemplemos juntos
el enigma que florece
en el bosque impenetrable.

Arranquemos sin temor
secretos escondidos,
rostros de lo ausente.

Encendamos juntos
la tenue llama
que revela el destino
y con solemnidad anuncia
la amarga corona
de la vida humana.

La nada nos espera
en su oculto espacio;
todo lo que hoy admiramos
porque brilla con belleza
se desvanecerá,
y ni siquiera vivirá
como recuerdo.

Cruzar sin pausa estos espacios,
como quien cabalga
a través de rutas oscuras
y no puede detenerse a contemplar
las flores que resplandecen
en la muda noche,
¿no es nuestro destino,
grave y poderoso?

Todo lo que es
se despedirá de nosotros,
como la tierra dice adiós
al navegante que se adentra
en mares profundos,

y sólo tiene ante sí
una inmensidad que sobrecoge.

Pero habrá merecido la pena
existir,
añadir novedad al mundo,
encender el hermoso fuego
de la voluntad,
insuflar un dulce soplo
de amor y deseo
a estas vastedades,
esclavas de la monotonía.

No importa que seamos polvo;
todo pasa,
mas ese polvo se transforma
y llena el universo
con su poder,
con su aura irreversible.

Lo que hoy desprecias
centellea siempre
en este seno infinito
y deslumbrante
que es el universo.

VI.

Que avance el tiempo

y borre los vestigios
de nuestra grandeza;
que sucumban las pirámides,
se derrumben las montañas
y se apaguen las estrellas;
que se sequen los mares
y se diluyan los desiertos,
porque siempre quedará el polvo,
hechizo divino,
sagrado ardor,
materia que todo lo contiene
bajo sus leyes sabias,
majestuosas e inexorables.

El arroyo fluye hacia el mar,
el agua del mar asciende al cielo,
y del cielo cae la lluvia
que vivifica el mundo.

Aunque nada seas,
puedes amar
y puedes crear.
Puedes elevarte sobre lo dado,
pues tu corazón apunta a lo posible.

Aunque nada seas,
embelleces estos reinos
con tu fervor
y tu fantasía.

Admira lo fugaz,
porque si eres nada,
si la nada es la meta
a la que has de arribar
tras el arduo viaje,
entonces eres ya eterno,
eterno como lo que no tiene nombre.

Venera todo lo que es hermoso,
y alegre,
y colorido.
Ama el bien
y trata de entender algo
de este misterio sin descifrar
que es el mundo,
nuestra morada.

Que el amor y la belleza
sacien tu corazón
con su luz
y te abracen
en los instantes dolorosos;
que el saber impulse
las alas de tu espíritu;
que tu imaginación talle
nuevos soles y nuevas lunas.

*

I.

¿Cuántas lágrimas no ha enjugado
tu amable figura?

¿Cuántos sueños no ha inspirado
la magia de tus colores?

Reposas en un éter de belleza pura,
sostenida sobre lo que no cede
ante intereses vanos.

Como congelada en un mundo eterno,
todo lo fugaz expira
cuando los ojos del hombre
contemplan tu belleza,
anudada a tu simplicidad.

Sencilla y frágil,
horadas nuestros sentidos
con las impresiones más profundas,
llenas de la savia
de una vida que es anhelo.

Luz invicta eres,
ángel inesperado
que se encarna
en tu pequeñez.

Condensas un universo
que nos embriaga
con el néctar infinito
de la hermosura y la pasión.

Pareces materia,
pero eres espíritu.

No estás sola,
ni aislada de la viveza del campo
y de la vastedad de la tierra.

En ti canta

la naturaleza entera
con la voz de un dios generoso,
que no teme el crepúsculo.

Toda la fuerza del universo,
todo el poder de sus leyes,
vivifica tu belleza,
espejo de la totalidad.

Ahora que bañas mi rostro
con un resplandor santo,
veo que tu sencillez flota
sobre las aguas del mundo.

La exuberancia del cosmos
sostiene tu delicadeza.

Todo lo que en ti palpita
y enaltece mi imaginación,
toda la belleza que transpira
en tus hojas y en tus pétalos,
todo el dolor latente
en tus espinas,
es el fruto de una naturaleza
que crea y destruye
en el eterno ciclo del ser,
en el curso de lo incognoscible.

Eres sierva
de una belleza que te precede,
y de un poder que nos envuelve
con mantos intangibles.

II.

Floreced, rosas,
con el alegre sol de la primavera.

Inundad el mundo de belleza
y evocación,
para trasladar el alma
a parajes desconocidos,
allí donde un fulgor nuevo
emerge desde fuentes recónditas.

¿Dónde está el límite
de la sensibilidad humana?

¿Dónde deja de brillar
la fascinación perenne?

¡Oh belleza!,
emanación suave
de un reino desconocido,
¿quién, sino el amor,
logra reflejar
tu esencia más profunda,
el destello divino
que irradia tu corazón eterno,
forjado en las entrañas
de una deidad bondadosa?

Que tus alas rapten mi ser,
que eleven mi alma
al paraíso que sólo tú custodias.

Que en tu santo y noble éxtasis
la belleza de la vida
desborde toda oscuridad,
hasta redimir el dolor del hombre
con el ornamento de bienes inmortales.

III.

¿No cantaron los poetas tus hazañas
en atardeceres remotos,
tus milagros inconmensurables,
tu desmesurada fuerza para trastocar
la inmensidad del mundo
con la pureza de una idea?

¿No has conquistado
los corazones más sensibles
con los ecos de tu trascendencia?

Hoy quiero cantar a un amor nuevo,
a un amor indestructible
como la sustancia del espíritu,
a un amor tan grande
que herede la belleza de todos los amores
alumbrados bajo lunas misteriosas.

Hoy quiero celebrar
el don del amor
y el encanto de la vida.

Hoy quiero recobrar
todos los alientos perdidos
en la sombra,
todas las voces sepultadas
en lo recóndito,
todos los suspiros enlutados
en el oscuro bosque,
para que la aurora de una verdad inmarcesible
abraze con su claridad
lo que se desvanece en el crepúsculo.

Que resplandezca el amor
sobre el cielo del espíritu;
que en las nupcias más sagradas
jamás concebidas
el amor, la belleza y la verdad
se juren fidelidad eterna,
eterna como los dioses
que velan por el bien del mundo.

Que hablen los labios perecidos,
y los sueños que alimentaron
los fondos abisales
de un alma anhelosa
sigan elucidando
en la mañana
las sendas de la historia.

¡No ceséis de brillar,
sueños del hombre
mecidos en el ocaso,
mitos y leyendas
que introducen el alma
en la morada de los dioses,
enardecidos por el fuego de pasiones invictas!

No dejéis de iniciarnos
en los misterios más hermosos
del templo de la vida.

Recibidnos
en el regazo celestial
de una imaginación que expande
los horizontes del espíritu
con el soplo de la fantasía.

Abrid nuestra alma
a una rosa que no se marchita.

IV.

Dulce es la melodía del amor,
dulce es su aroma,
dulce es su mensaje,
tejido de belleza y sabiduría,
rayo que toca con delicadeza
el altar del corazón.

Divino amor:
bendícenos con tus efluvios prístinos,
nacidos del vientre de una diosa benévola,
y muéstranos la verdad
que sólo en ti habita,
para que cante sin miedo
la voz del ser humano,
hecho para amar
y ser amado.

Entonces revelaremos
la verdad eterna,
la verdad de la libertad,
que es la verdad del amor
y de la belleza:
la verdad del amor profundo,
la verdad de lo infinito
en la finitud de la tierra.

V.

¿Quién agotará nunca
la sagrada copa del misterio?

¿Quién encontrará la fuente
de la que todo surge,
el pecho que todo lo amamanta
con el agua de la vida?

¿Quién descubrirá
el amanecer más puro,
allí donde los hombres y los dioses
se funden en crisoles primordiales?

La noche sucumbe
ante la hermosura del alba.

El rocío de posibilidades nuevas

irriga lo que creíamos caduco,
y de la humilde semilla
brota el árbol de frondosas ramas.

¡Oh claridad,
oh claridad perenne
que disipas todas las sombras
y diseminas sin término
la luz del amor y de la belleza!

Feliz el que se rinde ante la belleza,
el que detiene sus pasos
ante la exultante aparición
de un milagro que nos trasciende.

¿Necesita rotar el mundo
cuando contemplamos
una fuerza que nos rescata
con sus dones primigenios?

Sublime y diáfana,
en ti y en el amor
sacrificaría el tiempo
que los dioses nos reservan,
porque lo móvil y fluctuante
halla paz
en tu seno.

Una paz pura,
una paz libre,
una paz originaria
conquista nuestro ser
cuando admiramos la belleza.

Alabar la belleza
es alabar la vida
como fin puro,
como meta libre
e incondicionada
que rasga el velo del futuro.

Consagrémonos a la belleza,
la más tierna de las diosas
de todos los olimpos,
y revistamos su templo
con el oro de un amor inmutable.

VI.

Sigue resplandeciendo,
rosa mía,
preludio de lo eterno,
luz que no se consume
en la noche del mundo.

¿No es tu silencio
una manifestación
de palabras inmortales,
pronunciadas por labios divinos?

¿No late en ti
un vigor que nos supera,
una potencia creadora?

Que el beso de tu hermosura
sacie ya mi deseo.

Mas ¿acaso tu belleza
podría consumir mi búsqueda?

¿Descansaría mi yo fugitivo
en tu pecho eterno y puro?

Me has hecho para buscar,
y en el sendero de la búsqueda
he de encontrar el sentido.

Me has hecho para mirar
a un horizonte siempre más lejano.

Me has hecho para suspirar
por lo que jamás concluye.

¡Oh, tú, hija de infinitudes ancestrales!,
¿cómo reconciliar este impulso
con la esencia finita de un ser mortal?

Pero venerar la belleza
me abre a un mundo inexplorado,
donde mi alma se siente infinita,
y lo que en esta tierra nos es ajeno
por fin amanece
en el reino de la libertad creadora.

Referencias bibliográficas

- Las fronteras del pensamiento* (ISBN: 978-84-1122-210-5, Dykinson, Madrid 2022).
- El sentido de la libertad. Cómo construir una autonomía responsable* (ISBN: 9788417786373, Taugenit, Madrid 2021).
- La infinitud de la belleza* (ISBN 978-84-18168-31-4, Sapere Aude, Oviedo 2020).
- El nacimiento de la civilización egipcia* (ISBN 978-84-1228-662-5, Dauro, Granada 2020).
- Logos y Sofos, diálogo sobre la ciencia y el arte* (ISBN 978-84-1818-376-8, Dauro, Granada 2020).
- Conciencia y mismidad* (segunda edición, revisada y ampliada, mayo de 2020).
- The integration of knowledge* (ISBN 978-1-4331-6719-5, Peter Lang, Berna 2020).
- Dios, ciencia y filosofía. De lo racional a lo divino* (ISBN 978-84-17954-56-7, Almuzara, Córdoba 2019).
- Ensayos filosóficos y artísticos* (ISBN 978-84-9148-600-8, Dykinson, Madrid 2018).
- La integración del conocimiento* (ISBN 978-84-948307-0-9, Evohé, Madrid 2018).
- Canto a lo desconocido* (ISBN 978-84-947944-2-1, Ars Poetica, Madrid 2017).
- Atlas histórico del antiguo Egipto* (ISBN 978-84-9171-007-3, Síntesis, Madrid 2017).
- Libro de las recreaciones* (ISBN 978-84-9469-740-1, Dauro, Granada 2017).
- Más allá de la cultura y de la religión* (ISBN 978-84-9148-033-4, Dykinson, Madrid 2017).
- Athanasius* (ISBN 978-84-15969-66-2, DidacBook, Úbeda 2016).
- La Belleza del Conocimiento* (ISBN 978-84-86830-44-1, Siddharth Mehta, Madrid 2015).
- Grandes Problemas Filosóficos* (ISBN 978-84-9077-113-6, Síntesis, Madrid 2015).
- Leonardo da Vinci o la Tragedia de la Perfección* (ISBN 978-84-943856-2-9, De Buena Tinta, Madrid 2015).
- Historia de la Neurociencia: El Conocimiento del Cerebro y de la Mente desde una Perspectiva Interdisciplinar* (ISBN: 978-84-16170-22-7, Biblioteca Nueva, Madrid 2014).
- Lógica, Ciencia y Creatividad* (ISBN: 978-84-9085-081-7, Dykinson, Madrid 2014).

El Pensamiento de la Apocalíptica Judía (ISBN: 978-84-9879-449-6, Trotta, Madrid 2013).

Conciencia y Mismidad (ISBN: 978-84-9031-390-9, Dykinson, Madrid 2013).

Philosophy and Salvation (ISBN: 978-1-61097-380-9, Wipf and Stock Publishers, 2012).

Filosofía, Teología y el Sentido de la Historia. Reflexiones a la Luz del Pensamiento de Wolfhart Pannenberg (ISBN: 978-8-46154-549-0, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2011).

Why Resurrection? An Introduction to the Belief in the Afterlife in Judaism and Christianity (ISBN: 978-1-60899-772-5, Pickwick Publications, Portland OR, 2011).

Resumen

Entre el todo y la nada es un intento de creación filosófica a través de la poesía. Los distintos poemas que integran este libro tratan de fundir pensamiento y estética en una búsqueda de ese espacio infinito que media entre el todo y la nada

Sobre el autor

Carlos Blanco (Madrid, 1986) es profesor titular de filosofía en la Universidad Pontificia Comillas. En 2007 acabó simultáneamente tres carreras: filosofía, química y teología. Doctor en filosofía y doctor en teología, entre 2009 y 2011 fue Visiting Fellow en la Universidad de Harvard, becado por la Fundación Caja Madrid. Ha publicado más de veinte libros, entre los que destacan *El sentido de la libertad*, *The integration of knowledge*, *Athanasius*, *Grandes problemas filosóficos*, *Lógica, ciencia y creatividad*, *Historia de la neurociencia*, *El pensamiento de la apocalíptica judía*, *Conciencia y mismidad* y *El nacimiento de la civilización egipcia*, así como numerosos artículos de investigación en revistas nacionales e internacionales que versan sobre filosofía, historia y ciencia cognitiva. En 1997 ingresó en la Asociación Española de Egiptología y en 1998 pronunció su primera conferencia, en el Museo Egipcio de Barcelona. Desde entonces ha impartido conferencias en países como Estados Unidos, México, Italia, Bélgica y Rusia. En 2015 fue elegido miembro de la World Academy of Art and Science y en 2016 de la Academia Europea de Ciencias y Artes de Salzburgo. Pertenece también al capítulo español del Club de Roma. En 2012 cofundó The Altius Society en Oxford, que ha reunido a algunas de las mentes más brillantes de la ciencia y de la filosofía para abordar desafíos globales como el transhumanismo, la inteligencia artificial y el futuro de la educación.